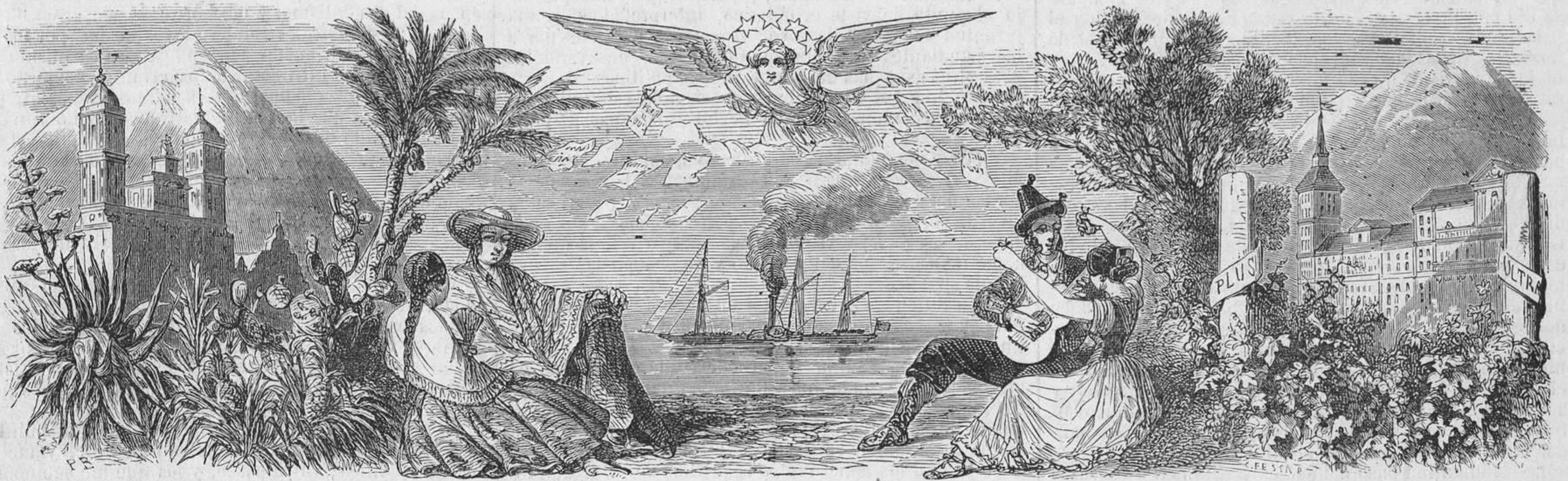


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 898.

SUMARIO.

Estudiantina en París; grabado. — Revista española. — El carnaval en Venecia; grabado. — El Observatorio de Pa-

ris; M. Delaunay; grabado. — Prisiones en París; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Viaductos metálicos de la línea de Commentry á Gannat; grabados. — Las quintas en París; grabado. — Reseña histórica de la Universidad de Alcalá de Henares. — Viajes: Residencia de un médico euro-

peo en la corte de Mandalay. — La Galería de San Donato grabados. — El Doctor Temis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Problemas de ajedrez; grabado. — Actualidades parisienses, por Bertall; grabados.



PARIS — Estudiantina en el palacio de Basilewski, residencia de Doña Isabel de Borbon.

Estudiantina en Paris.

El domingo de Carnaval se presentó una *estudiantina* española enmascarada que produjo muy buen efecto en las calles de Paris, y con especialidad en los puntos en que hicieron alto, entonando al son de sus instrumentos la alegre jota, la moderna habanera y el fantástico vals que hoy se corea en todos los países. Nuestra atención se fijó con preferencia en la parada que hicieron en el palacio de Basilewski, morada hoy de Doña Isabel de Borbon. Allí se apearon de los coches unos 49 estudiantes, provistos de sus guitarras, bandurrias y pande-retas, y entraron en el patio de dicho palacio, con objeto de entonar al son de la tradicional jota algunas improvisadas estrofas. Doña Isabel salió á su balcon del peristilo y conmovida hasta el extremo de verter lágrimas, escuchó las estrofas que con distintos aires nacionales la fueron cantadas por aquellos disfrazados estudiantes, todos españoles y emigrados en su mayor parte. La conmoción de la reina fué tambien de muchos de los espectadores. Los estudiantes, cuyo traje ha sido fielmente interpretado, recuerda aquellas alegres compañías de los efectivos estudiantes de Salamanca que hace dos siglos han peregrinado durante sus vacaciones, haciendo alarde siempre de su hambre y su ciencia, la primera significada en la cuchara de madera prendida en el sombrero y la segunda en lo raído de sus manteos y sotana, y el simbólico idioma latino con que salpicaban los agudos dichos de los llamados postulantes, al demandar la limosna á la ciencia errante y pobre.

La estudiantina pasó del palacio Basilewski á las casas de diferentes personajes españoles, y segun tenemos entendido aun aparecerán en la media cuaresma, completamente organizados, segun la antigua costumbre.

V. U.

Revista española.

Bailes y fiestas. — La superficie y el fondo. — Escepticismo. — Efectos de la libertad de cultos. — El busilis. — Los partidos y los partidos. — Un deseo que no se realizará. — La política. — La *Carmañola*. — Tipos periodísticos. — Una noticia triste. — Una fábula.

Mentira parece, pero en los momentos en que escribo, las clases ricas, el Madrid elegante no se preocupa mas que de bailes, de máscaras y de carreras en velocíferos.

Nos amenaza en este mes un trimestre de contribucion territorial y dos de contribucion personal; abrigamos temores de que en cuanto empiece el buen tiempo, saldrán al campo los partidos políticos para algo mas que para contemplar á la naturaleza.

¡Qué importa! bailes ahora, representaciones dramáticas en la cuaresma, excursiones veraniegas despues.

Adelante! haga creer esta alegría, esta animacion, que somos dichosos.

¡Ah! esta es la superficie de nuestra sociedad, la capa dorada que oculta nuestras miserias y nuestras desdichas.

Entre tanto las clases conservadoras, los que trabajan, viven intranquilos.

La situacion es un problema, y tiene que ser resuelto en breve.

¿Cómo? Dios lo sabe.

La indiferencia y el escepticismo se han apoderado no solo de los espectadores, sino de los actores.

Su Alteza el regente ha salido á visitar sus posesiones, ya no se habla de rey, y lo único que ha preocupado ha sido la inesperada visita que ha hecho á Madrid el duque de Montpensier.

La política se ha encerrado pues en el estrecho círculo de los ministros, los diputados y los periodistas.

Entre todos ellos arreglan la cosa pública, modifican el Código fundamental, le interpretan con el auxilio de la gimnasia, esto es, dislocándole, y el país, el verdadero país, contempla con pena este espectáculo, y se estre-mece ante la idea de los heroicos remedios que necesita la enfermedad.

Un extranjero que á principios de octubre de 1869 vino á Madrid á admirar al pueblo, digno entonces de admiracion por su cordura, partió seguro de que la libertad de enseñanza, de cultos, de reunion, de asociacion, etc., producirian magníficos resultados.

— Ya verá Vd. dentro de un año qué cambio tan completo, decia. La libertad de cultos traerá á España los industriales mas laboriosos, los capitalistas mas emprendedores; la de enseñanza multiplicará los centros instructivos; la de asociacion creará sociedades cooperativas, reunirá á las clases, les hará definir y defender sus intereses; de este movimiento nacerá la emulacion, el amor al trabajo; los capitales particulares disminuirán la empleomanía, y España, que es una mina sin explotar, llegará al apogeo, será la envidia de las demás naciones.

El extranjero se fué y ha vuelto estos dias.

Su presencia me ha recordado sus palabras, y sus palabras me han hecho meditar sobre las esperanzas que

nos hizo concebir la revolucion y la realidad que tocamos.

Se ha roto la unidad católica, se han demolido iglesias y conventos, se ha negado á Dios en el Parlamento, se han ultrajado las creencias del pueblo español, se han abierto templos protestantes, y en efecto, ni los industriales, ni los capitalistas han venido. Por el contrario, solo en Madrid se han cerrado 4,000 establecimientos.

La libertad de enseñanza, principio que yo acepto bajo el punto de vista económico, interpretado por una juventud holgazana de suyo, ha servido para enseñar á los estudiantes que pueden amotinarse, ensayándolos para otras asonadas cuando sean mas políticos.

De la libertad de reunion y asociacion, salvo algunas escasas excepciones, solo ha hecho uso la pasion política.

Y la empleomanía ha continuado siendo la llaga mortal de nuestra sociedad; y ya son menos los españoles sin condecorar que los condecorados; y los abusos de favoritismo que dieron nombre á los polacos, han quedado oscurecidos, y ya solo de la energía y de la fuerza, como instrumentos del derecho y de la justicia, espera el país su salvacion.

¿Tan difícil es hacer feliz á un pueblo como el español, que se contenta con coger un fusil y estar de centinela algunas horas?

El mal no está en los gobernados, está mas arriba. El mal nace de esa máquina admirable mientras está parada, fatal cuando funciona, no por ella, sino por la fuerza que la impulsa, fuerza que es egoismo; de esa máquina que necesita tantas ruedas.

Yo hago á los gobernantes la justicia de creer que todos al subir desean hacer el bien.

— Sí: exclama un ministro, voy á ser justo, voy á adquirir gloria. No quitaré á los empleados que cumplan con su deber, no apadrinaré ninguna injusticia, daré ejemplo de moderacion.

Pero entra un diputado, por ejemplo:

— Necesito tal destino, le dice.

— Lo desempeña un antiguo y benemérito empleado.

— Es que me lo pide un elector de los que mas han trabajado por mí.

— Imposible.

— En ese caso, aunque yo esté conforme con la marcha del gobierno, voy á tener que hacerle la oposicion. De este modo justificaré á los ojos de mi elector mi falta de influencia.

— Un voto menos... No... tendrá Vd. la credencial mañana.

Y despues entra otro personaje de otro partido, pero influyente: pide, y es necesario complacerle, para que corresponda á la fineza cuando esté en candelero.

Mas tarde los periodistas que apoyan ó combaten, los militares ó los paisanos que ayudaron al triunfo piden, no solo empleo, sino devolucion de multas, pago de haberes atrasados; y á estas influencias se une el amor propio.

— Yo dije en el extranjero que habria en España libertad de cultos; conozco que esto es imposible; pero ¡mi reputacion... mi dignidad!...

— Yo prometí á mi esposa, exclama un diputado, que seria embajador; todos los dias me exige que cumpla la palabra; el ministerio no me hace caso: tengo talento, dividiré, me haré temible.

Y estas influencias ocultas, estos movimientos de egoismo, del amor propio, del interés, son la causa de que hombres que valen, de que inteligencias superiores no puedan levantar el edificio que han destruido.

La máquina necesita todas las ruedas para andar, y como cada una tiene su voluntad, hay que transigir ó hay que luchar.

Triste porvenir el nuestro si no hay un genio que pueda aplicar á la máquina, con voluntad de hierro, la fuerza motriz del verdadero patriotismo.

Como si no fuera bastante el espectáculo que están dando estos dias los partidos políticos, seria divertido si no trayese consecuencias dolorosas.

En la Puerta del Sol, en la Carrera de San Gerónimo, en los cafés, en los teatros, no se oyen mas que estas ó parecidas conversaciones:

— ¡Parece que se conspira!

— Y mucho.

— Los unionistas, ¿eh?

— No, señor, son los moderados.

— Están Vds. en un error; son los carlistas.

— Nada de eso, son los republicanos.

Y la mayoría del país, esa numerosa clase que solo ansia paz, honra, trabajo, bienestar, presencia este juego, y se alarma con razon.

¿Quién emprende un negocio, si no sabe dentro de un mes lo que sucederá?

¿Quién hace un cálculo? ¿Quién forma una esperanza?

— Yo quisiera que pudieran reunirse un dia los millares de españoles, que aunque separados por el nombre, piensan lo mismo en el fondo; es una multitud de personas honradas, justas, amantes de la patria, amantes del orden, ávidas de la verdadera libertad.

El resultado de esta reunion seria edificante.

— Yo soy republicano, diria uno, pero quiero orden y justicia, trabajo y paz. Mis mayores enemigos son las turbas ignorantes y perezosas, los que sueñan en el saqueo, los que creen que la libertad es un derecho sin deberes.

— Yo soy carlista, diria otro; quiero á Don Carlos, porque la razón, el derecho y la conveniencia constituyen la legitimidad; lo quiero además, porque para mí

representa la tradicion de la monarquía popular, la union del rey y el pueblo sin esa especie de antesala que se llama gobierno representativo; lo quiero porque representa á mis ojos el fin de esas calamidades que se llaman empleomanía, luchas electorales, prensa apasionada y agitadora, el restablecimiento del orden, el respeto de la ley, únicos medios de que viva y prospere el trabajo; así pues, lo que quiero es orden y justicia, trabajo y paz.

— Yo soy liberal, diria otro, porque he vivido en la época del absolutismo, y me horroriza pensar en los crímenes que encierra. Yo quiero leyes hechas por los representantes del pueblo, pero no que estos mismos representantes las infringan, ó absuelvan al gobierno que las vulnera; yo reconozco la soberanía nacional, pero condeno á los que la representan, cuando no son mas que coristas de un gobierno hipócrita; yo quiero la libertad, porque iguala á los hombres ante la ley, porque ensancha las vias de la actividad humana; pero la libertad no puede existir sin orden y justicia, sin paz y trabajo.

Así se expresarian los hombres honrados de los tres partidos de España.

Ahora bien: ¿por qué, pensando todos del mismo modo, no logran entenderse?

Pues es porque á la sombra de estos partidos hay hombres vividores, ambiciosos, capaces de todo por conseguir al triunfo; y estos hombres son los que arrastran á los pueblos á las revoluciones, á las desoladoras guerras civiles.

Yo no quisiera acordarme para nada de la política; pero no tengo otro remedio. Salgo á la calle, y me hablan de política; voy á paseo, y los que me acompañan no saben hablar mas que de política; voy á un salon, á un baile, y la política lo absorbe todo; pero qué mas, hasta en el teatro ejerce su maléfica influencia.

El acontecimiento teatral del mes de febrero ha sido la representacion de una comedia de un hijo de Noce-dal, titulada la *Carmañola*.

Publicóse antes en forma de libro, y por ser de quien era, produjo cierto escándalo.

— ¡Es un ataque contra la prensa! gritaron los críticos.

La prensa que apenas lee lo creyó, y al saber que la obra iba á representarse en un teatro, se alarmó, y excitó á los alborotadores para que tronando, como suele decirse la comedia, recibiera su autor el castigo que merecia.

El estreno fué un continuado escándalo: hubo aplausos, silbidos, bofetadas, palos, gritos, qué sé yo: aquello parecia una plaza de toros.

Y sin embargo, nada mas inofensivo que la tal comedia. Los ataques que en ella se dirigen á la prensa son candorosos, inofensivos, inocentes.

Van ustedes á convencerse.

Publicase en Madrid un periódico titulado la *Carmañola*. Su director es un jóven elegante, y uno de los redactores es una especie de hijo prodigo. Nacido en el seno de una familia honrada, la abandona, impulsado por la sed de goce, y se mete á periodista.

Entre otras noticias redacta una que publica la *Carmañola*, dando á entender que una señora casada ha faltado á sus deberes. Aunque no cita nombres, el marido de la señora se da por aludido, y va á pedir explicaciones al director del periódico, armado de reflexiones y de un revolver.

Agotadas inútilmente las primeras, va á hacer uso del segundo argumento, pero el director llama á los criados, y arrojan de la redaccion al marido celoso de su honra.

Ahora bien, el autor de la noticia es el jóven redactor, y la persona á quien alude, ó mejor dicho, á quien calumnia, es su madre.

Se necesitan grandes tragaderas para pasar esto.

El drama iniciado en la redaccion del periódico, tiene que desarrollarse en el seno de la familia ofendida.

El director del periódico confiesa á su subordinado el redactor que ha visto á su hermana, que está enamorada de ella, y que quiere que le presente en su casa.

Despues de las peripecias que supone el lector, todo se arregla, y cae el telon.

Esta inocente fábula no merecia armar escándalo tan mayúsculo.

En cambio, se hace de todo punto necesario que la pluma de los críticos presente en toda su desnudez á muchos tipos que el periodismo político ha creado por desdicha de la sociedad moderna.

Estos tipos son cómicos y dramáticos. El director de lujo, el gacetillero sin conciencia, el pedante y á la vez egoista redactor de fondo, y el escritor amanerado, propagador de frases hechas, son personajes de la comedia moderna que hacen reir y llorar, razon por la cual deben ser conocidos.

A falta de otras noticias de interés, voy á ensayar su bosquejo por medio de escenas copiadas del natural.

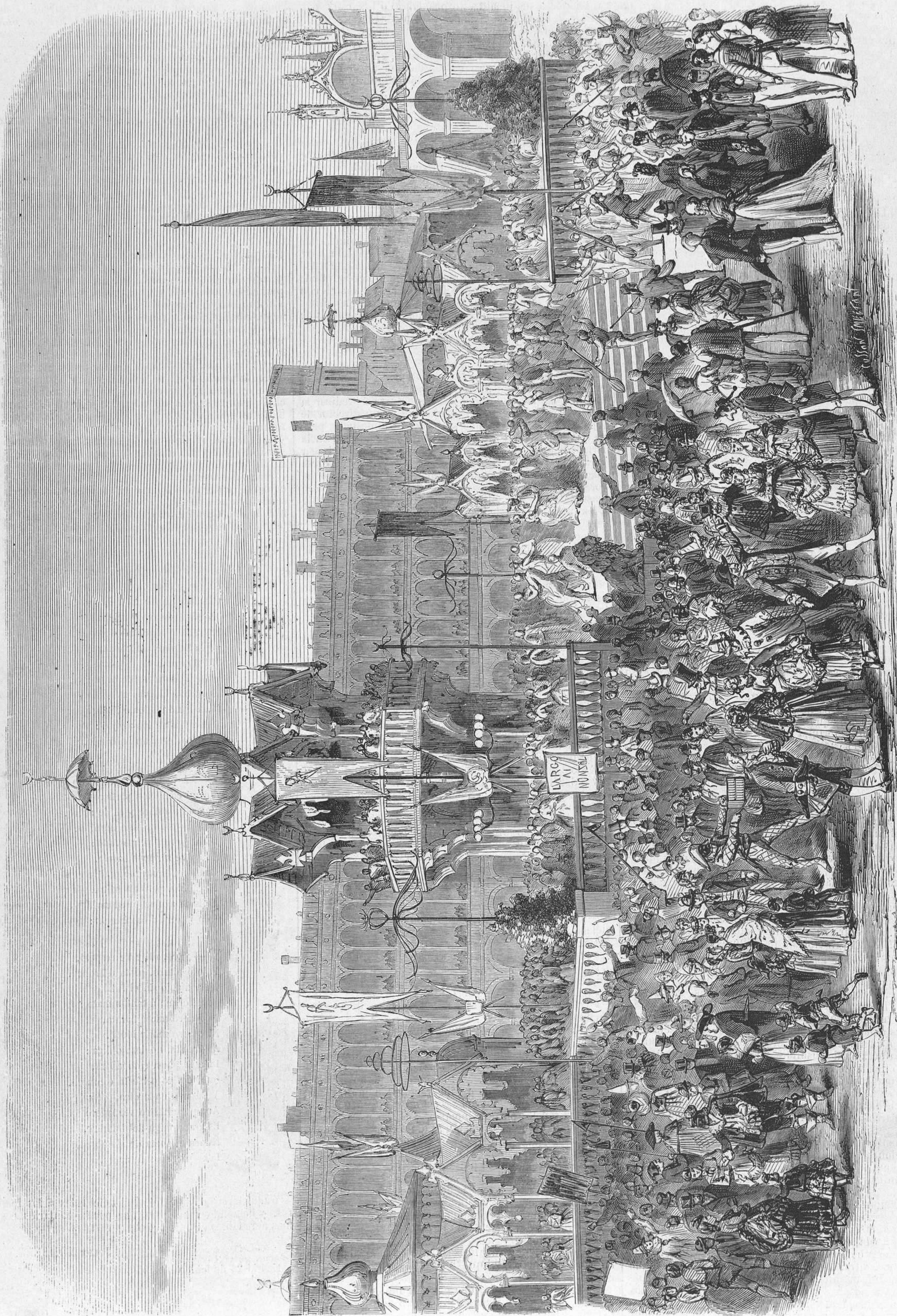
Hace algun tiempo fundó un hombre de bien un periódico. Acto continuo se presentaron á él varios aspirantes. Uno de ellos queria nada menos que la plaza de director.

Oigan Vds. la conversacion que entablaron.

La persona que se presentó era un hombre como de veinte y nueve á treinta años, alto, de buenas carnes, pobremente vestido, aunque con cierta elegancia, con todo el aspecto de un jugador en aquel momento desgraciado, y con un aire de superioridad y de desparpajo que le hacian importante.

— ¿Puedo saber á quién tengo el gusto de hablar? dijo el propietario.

— Mi nombre es poco conocido, y no hace al caso,



EL CARNAVAL DE VENEZIA. — Aspecto de la plaza de San Marcos, durante las fiestas del carnaval de 1870.

El carnaval de Venecia.

La Italia es el pais de las fiestas, y si el carnaval ha muerto en Paris, en cambio vive todavía en Venecia.

Quizás la Europa no se da ya cita en Venecia para asistir á las poéticas y galantes mascaradas que hacian las delicias del mundo elegante. Hace medio siglo, el que no habia asistido al carnaval en Venecia, no habia visto nada. Era una de esas fiestas únicas en el mundo, que citaban como una de las maravillas comparables con las de las *Mil y una Noches*.

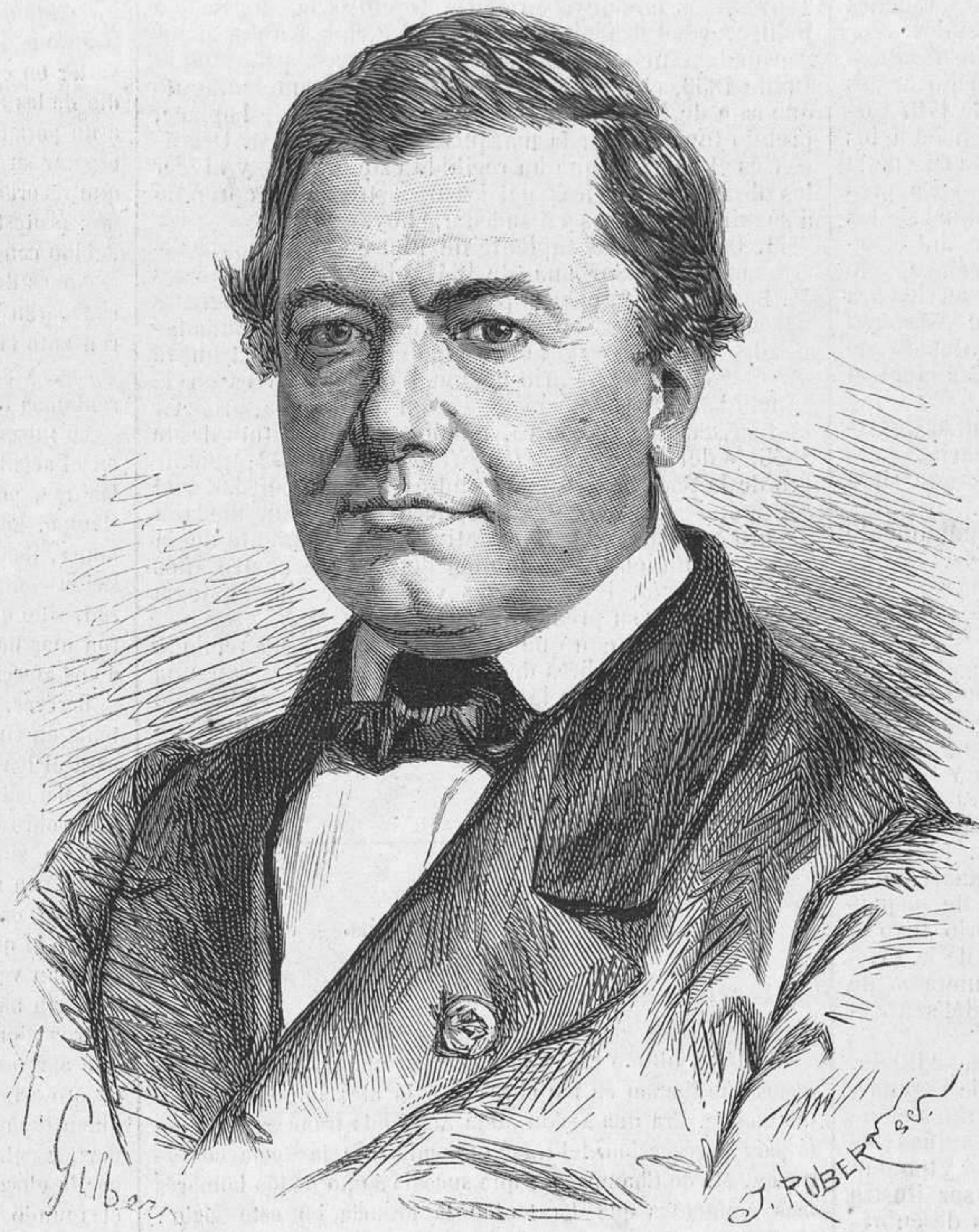
Actualmente los extranjeros no se ponen ya en camino con tal objeto. Mediante los ferro-carriles se llega mas pronto, y sin embargo, la gente va mucho menos. ¿Por qué? El moralista observador dará la explicacion de este fenómeno.

Pero Venecia no por esto se divierte menos con su poblacion alegre, ardiente, entusiasta, amiga del placer y de las fiestas. El carnaval de este año es una prueba de que no exageramos. Hace mucho tiempo que no se habia visto tanta animacion, y en este número consagramos con un dibujo ese recuerdo de la alegría italiana que, en medio de las crisis de Italia, encuentra una hora propicia para entregarse á las locuras del mártes de carnestolendas. P. P.

El Observatorio de Paris.

M. DELAUNAY.

Despues de la lluvia el buen tiempo, dice un antiguo proverbio que, desde 1854 habia tenido pocas aplicaciones en el Observatorio de Paris, donde siempre se podia prever la tem-



M. Delaunay, nuevo director del Observatorio de Paris.

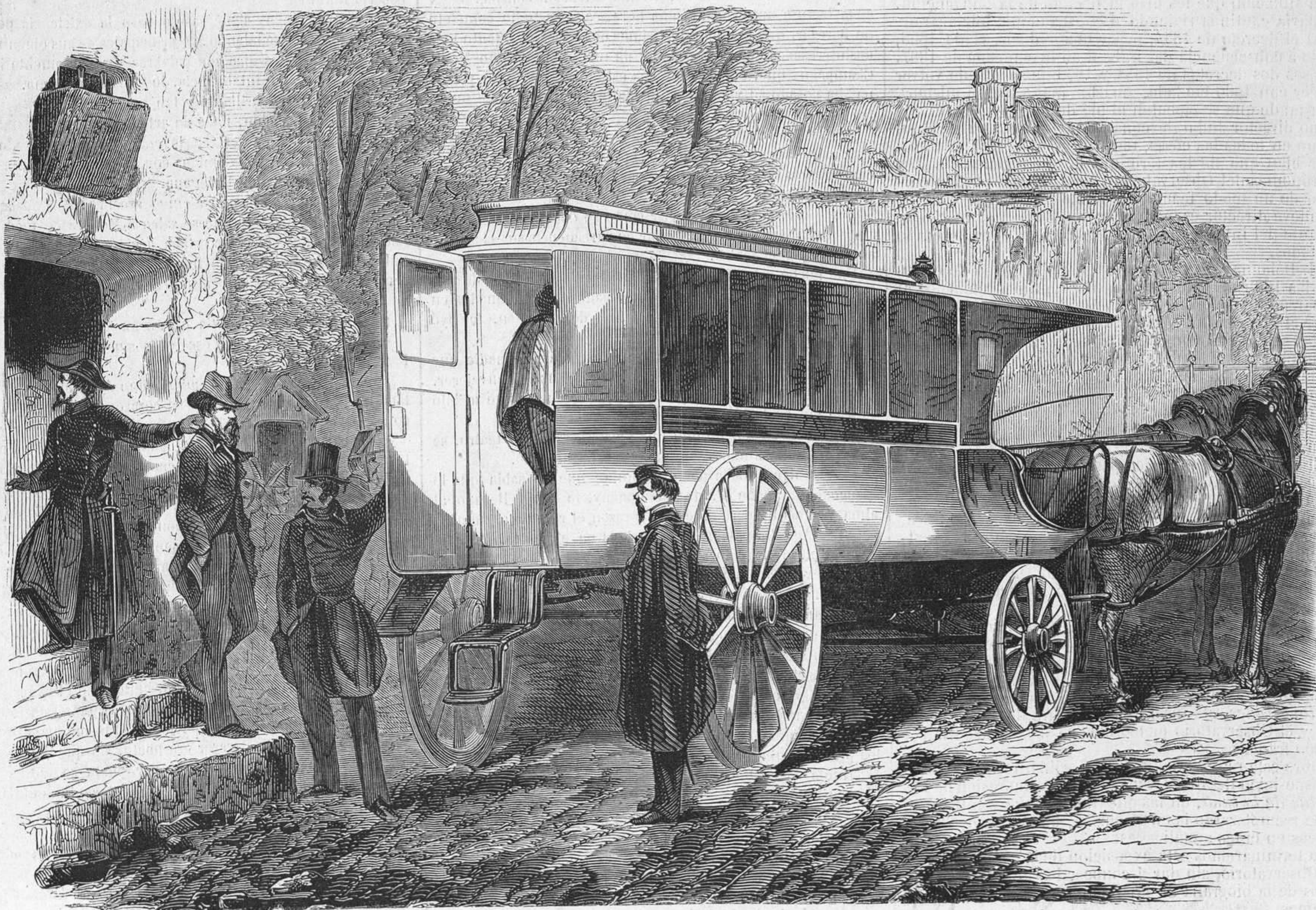
pestad y nunca la calma tranquilay luminosa de los dias buenos.

Hace muchos años, M. Delaunay, miembro de la Academia de Ciencias y del *Bureau des longitudes*, parecia ser el adversario fatal, mas aun, el temible juez del dictador destituido, M. Le Verrier. Los combates particulares que se daban el lunes bajo las venerables bóvedas del Instituto, nunca concluian sin que el irascible, pero infortunado neptuniano no saliera con señales, á veces sangrientas, del tridente magistralmente manejado por el autor de la *Mecánica racional*. Así, pues, cuando deseando que desapareciera la ya pálida estrella del senador, nos preguntábamos unos á otros qué nuevo astro merecia encumbrarse sobre la ciencia celeste, el nombre y la imagen de M. Delaunay se ofrecian sin cesar á nosotros, imponiéndose, digámoslo así, por su plena autoridad á la eleccion de los astrónomos. Con efecto, un decreto imperial acaba de nombrar á M. Delaunay director del Observatorio imperial de Francia.

Veamos ahora bajo qué régimen se va á encontrar la astronomía francesa.

Las faltas que han producido la merecida caída del antiguo director, producirian aun con mas rapidez la de su sucesor, si M. Delaunay no tuviese empeño en fundar una constitucion democrática que resista á los hombres y á las cosas. La primera organizacion del Observatorio en tiempo de Luis XIV, habia establecido el reinado de las dinastías y de lo arbitrario. El decreto de la Convencion nacional (7 mesidor, año III, 1795) hizo desaparecer aquel reinado que bajo los cuatro Casini y los tres Maraldi dominaba hacia ciento veinte y ocho años; se creó el *Bureau des longitudes* y el Observatorio vino á quedar bajo su dependencia.

En el *Moniteur* del 11 mesidor que tengo á la vista, leo los párrafos si-



PRISIONES EN PARIS. — Carruaje en que trasportan á los presos.

guientes del dictámen de Gregoire : La astronomía ha hecho la luz en el caos de las edades... Sin ella los hombres no habrían sabido medir el tiempo, y muchos escritores antiguos habrían sido incomprensibles...

» Bien convencidos los ingleses de que sin astronomía no puede haber comercio ni marina, han hecho gastos inmensos para formentar esta ciencia. Desde 1767 publican su *Nautical Almanach*, cuya idea se debe á los franceses, pues cuando le propuso Maskeline á su vuelta de Santa Elena, no hizo mas que adoptar la idea presentada en 1755 por Lacaille. Esta obra, manual de los marinos, se publica con cinco y seis años de anticipación, en tanto que aquí la *Connaissance des temps*, solo se imprime para el año corriente y no puede servir para las grandes navegaciones. La redacción del *Nautical Almanach* se confía á un establecimiento dotado de cuanto necesita, á un *Bureau des longitudes* igual al que os proponen vuestros comités.

» Este establecimiento hará cada año un curso de astronomía, comprará los instrumentos de marina y redactará el conocimiento del tiempo, de modo que sirva con algunos años de anticipación.

» El Observatorio de Paris, el mas bello monumento elevado á la astronomía está casi desorganizado. El *Bureau des longitudes* tendrá en sus atribuciones el Observatorio nacional y los de los departamentos que importe conservar.»

Así decía el dictámen de 1795.

El *Bureau des longitudes* establecido el mismo día, se compuso de dos geómetras, Lagrange y Laplace, y de cuatro astrónomos, Lalande, Cassini, Mechain y Delambre y de los navegantes Borda, Bougainville y Buache.

De 1795 á 1833, el *Bureau des longitudes* tuvo la dirección de la astronomía francesa. A la muerte de Arago habían cambiado mucho los tiempos. El poder personal había sustituido al poder constitucional; había un gran dictador en Tullerías y una porción de pequeños dictadores en todas partes. El Observatorio tuvo el suyo: el *Bureau des longitudes* y el espíritu de la revolución francesa se desvanecieron en los funerales de Arago, como las sombras errantes huían lejos del santuario de Urania.

Otras causas tomaron posesion del antiguo edificio. El anfiteatro del curso célebre de astronomía popular, se cambió en un salon blanco y oro; los aparatos científicos fueron reemplazados con hermosas arañas; el director organizó el establecimiento á su gusto y temiendo que un jóven astrónomo pudiese llegar á ser ilustre por su trabajo, fundó la famosa teoría de los descubrimientos administrativos, en cuya virtud todo el personal científico del Observatorio fué considerado como una maquinaria movida por el director.

No hay que temer que el astrónomo sabio y profundo nombrado ahora, caiga en tales extravíos. Se ha acabado el tiempo de las dictaduras. Sin embargo, ni el Observatorio, ni el *Bureau des longitudes*, han vuelto aun á la situación que les hizo el decreto de la Convención. Todavía continúa rigiendo á la astronomía oficial francesa el decreto de 1854, ó por mejor decir, el de 1868, dado á consecuencia del trabajo de la comisión de 1867.

Esos dos decretos de 1854 y 1868 que acabo de volver á leer con todo cuidado, no son malos en sí mismos, con tal de que se ejecuten al pié de la letra. Pero el antiguo director hubo de considerarlos como nulos. Aquí como en todas las cosas, todo depende de los hombres, mas bien que de los términos de un reglamento. Los astrónomos del Observatorio y del *Bureau* pueden cultivar de un modo fecundo la noble ciencia del cielo, si el nuevo director es para ellos un hermano, un amigo, amante del interés general de la ciencia y del progreso de todos.

M. Delaunay no abriga otra ambición que la de ejecutar las indicadas disposiciones. Su primer cuidado, al tomar posesion de sus nuevas funciones, ha sido reinstalar el *Bureau des longitudes* en condiciones dignas de los sabios eminentes que le componen, estableciendo en el piso principal del Observatorio el lugar de las sesiones, al mismo tiempo que hacia pública la biblioteca astronómica.

Todos los años, como sucede en Greenwich, el director dará cuenta de su gestión, y el consejo dará su opinion en un informe.

El servicio meteorológico pasará, cuanto antes sea posible, al nuevo Observatorio de Montsouris, y el Observatorio astronómico, libre á la vez de ese servicio, que es hoy tan considerable, y de la asociación científica, se consagrará enteramente á las observaciones. Finalmente, las mismas observaciones astronómicas, que hasta aquí no se efectuaban sino en la primera mitad de la noche, se continuarán en lo sucesivo toda la noche.

Así definida, la administración astronómica francesa se compone actualmente de tres establecimientos distintos que se completan el uno por el otro. Cada uno de ellos tiene su presupuesto especial. El Observatorio tiene un presupuesto anual de 160,000 francos; el *Bureau des longitudes* está inscrito por la cifra de 97,000 francos, y el Observatorio meteorológico de Montsouris por 60,000 francos.

Sobre este punto añadiré que el gobierno va á poner á la disposición de M. Delaunay, para la impresion de sus *Tablas de la luna*, en las que trabaja hace veinte años, y que reemplazarán las de Hemsén, una suma de 60,000 francos en cinco anualidades.

No terminaremos esta exposicion de la reorganización del Observatorio, sin dar á conocer los elementos científicos de la biografía de M. Delaunay, cuyo retrato publicamos,

Nacido en Lusigny (cerca de Troyes) el 9 de abril de 1816, comenzó sus estudios en el colegio comunal de Troyes, los concluyó en Paris, y entró en la Escuela politecnica. Un hecho particular contribuyó á dar al jóven matemático una afición especial por la astronomía. Desde 1856, el Instituto da cada año al primer alumno que sale de la Escuela, las obras completas de Laplace, premio fundado por la marquesa de Laplace. M. Delaunay es el primero que ha recibido este premio, y al leer las obras matemáticas del ilustre astrónomo, aprendió á seguir sus huellas y á sucederle hoy.

M. Delaunay fué suplente de Biot en su curso de astronomía de la Sorbona, de 1844 á 1848. Desde entonces M. Leverrier hizo cuanto pudo por impedir los progresos del hábil profesor en la astronomía; pero afortunadamente, vemos que no le fué dado conseguirlo. El nuevo director del Observatorio nacional de Francia es en la actualidad profesor de mecánica en la Sorbona, profesor en la Escuela politecnica, miembro del Instituto desde 1855, y del *Bureau des longitudes* desde 1862; miembro de la Sociedad real de Lóndres y de la Sociedad real astronómica, que acaba de concederle la gran medalla de oro por sus estudios relativos al movimiento de la luna. Las noticias que publica desde hace cuatro años en el *Anuario*, le unen mas y mas por una analogía particular con su predecesor Arago.

La afabilidad con que el sabio profesor ha recibido siempre á los hombres deseosos de instruirse, son una prenda segura de que la elección de la comisión ha sido excelente, y que el Observatorio entra hoy en una era fecunda y gloriosa. C. F.

Revista de Paris.

El juéves último ha habido en Paris una de esas solemnidades que llaman en tan alto grado la atención del mundo inteligente. Era una sesión de la Academia francesa dispuesta para la recepción del nuevo miembro de la docta corporación, M. de Champagny, que sucedía á uno de los hombres mas eminentes que ha tenido la Francia en este siglo: M. Berryer. Como de costumbre, hubo grandes empeños para asistir á la fiesta académica: el anfiteatro estaba cuajado de espectadores deseosos de oír la historia y el juicio crítico de la notabilidad del partido legitimista, que ha dado tanto brillo y tanta gloria á la tribuna francesa.

M. de Champagny no defraudó las esperanzas de los que le escuchaban. Su discurso, de una extensión considerable y cuya lectura duró mas de una hora, es un estudio completo de Berryer, que contiene justísimas observaciones, tanto mas desinteresadas cuanto procedían de un hombre como M. de Champagny que, entregado á sus estudios de historia romana, ha pasado su vida lejos de las luchas políticas de nuestro tiempo.

Desgraciadamente para la crónica, el estudio sobre M. Berryer es puramente político; sin embargo, aquí y acullá encontraremos en él bastantes rasgos interesantes para dar á conocer al hombre.

Desde luego vamos á referir cómo se decidió su vocación. El jóven Berryer sofía olvidar con frecuencia sus clases de abogacía por el teatro.

Una noche estando en el Vaudeville en presencia de dos hombres á quienes conocía, dos abogados muy estimados en el foro, y que hablaban del porvenir de su orden, les oyó decir:

— Nuestra profesión se acaba; no tenemos á nadie que nos suceda. Berryer (aludía al padre) comienza á envejecer, y no será su hijo quien le reemplace. Parece ser que al hijo solo le gustan las comedias y las canciones.

El jóven escuchó, no dijo una palabra, salió del teatro, se entregó á sus estudios y desde aquel día fué otro.

«Una palabra dicha por un hombre que no sabía que le escuchaban, añade M. de Champagny, le había llegado al alma y había despertado en su corazón el respeto al nombre paterno. Aquella palabra pronunciada en el teatro, dió á la Francia un gran orador.»

El nuevo académico principia seguidamente la historia de las convicciones políticas de Berryer.

A su admiración por el vencedor de Marengo, sucedió el deseo de ver restablecido en Francia un poder antiguo, pero renovado, un poder consagrado por la historia y sostenido por la libertad, un poder pacífico, paternal y justo en vez de aquel poder sin raíces en la nación que compraba la guerra á costa de la libertad.

Se hizo, en suma, el defensor de la restauración y fué de los primeros que enarbolaron la escarapela blanca.

Triunfa la restauración y, sin embargo, M. Berryer no deja su bufete.

Su edad le cerraba las puertas de la Cámara, y su independencia le impedía solicitar ninguna cosa.

Por fin aparece en la escena política; pero á punto que iba á estallar la revolución de 1830.

La primera idea de Berryer fué retirarse de la escena cuando vió el triunfo de la revolución; no obstante, lo con-

sultó con sus amigos políticos y se decidió á prestar juramento.

«Entonces, dice M. de Champagny, comenzó para él una situación brillante, pero llena de escollos, y que no debía variar en el espacio de treinta y ocho años: estuvo en medio de las asambleas como aislado, ligado por su convicción á un pasado del que se alejaban mas cada día; no pudiendo esperar su vuelta; no haciendo otra cosa ante el país mas que recordarle con su presencia la vía de donde había salido: protesta viva de que la Francia, verosíblemente, habría debido cansarse, y que al contrario admiró.»

No es decir, sin embargo, que las pasiones no se desencadenaran contra él: le acusaron de conspiración, le llevaron ante la justicia; pero tuvo el placer de oír de todas las bocas, y ante todo de la boca del ministerio público, una sentencia de absolución que era su triunfo.

Lo mismo sucedió en las asambleas. «Había tanta lealtad en el acento de su voz, tanta firmeza en su elocuencia, que las iras, por ardientes que fuesen, no podían durar largo tiempo. La mayoría llegó á comprender que, por su propia honra, debía respetar y conservar en su seno, aquella oposición compuesta de un solo hombre. Y no solo le escucharon, sino que sinceras é independientes como él, le siguieron mas de una vez en cuestiones que tocaban muy de cerca á sus afecciones políticas.»

Berryer, dice con gran razón M. de M. Champagny, no tenía en su política otra idea que la del interés de su país: para él los Borbones no eran mas que el medio; el fin era la felicidad de los franceses.

Y sobre este punto cuenta la siguiente anécdota:

«Un suntuoso palacio de la antigua Inglaterra está de fiesta. En medio de las flores, de los candelabros, de la vajilla de oro y plata, se ven numerosos convidados, de los cuales el que recibe mas honores es un príncipe desterrado que han venido á saludar en su destierro varios amigos de la tierra natal. El noble dueño de la casa cuyo nombre recuerda gloriosamente las luchas de dos pueblos que por fin han aprendido á estimarse, se levanta, y tomando una copa de oro artísticamente cincelada, brinda por el desterrado á quien llama rey. Las aclamaciones se mezclan con las lágrimas, y entre los que elevan la voz se distingue un hombre por la elocuencia de sus votos. Terminado el banquete todo el mundo se levanta, y el príncipe enternecido se lleva aparte al hombre que acaba de hablar con tanto ardor, se acerca á él como para abrazarle y le dice:

«— ¡Oh! ¡cuánto me queréis!

» El otro retrocede con respeto y responde:

«— No, no sois vos el objeto de mi cariño, es mi país; y si deseo vuestra grandeza es porque debe salvar á mi país y hacerle libre.»

M. de Champagny sigue paso á paso la existencia política del gran orador, señalando las principales de sus obras maestras, y despues nos dice con palabras verdaderamente inspiradas lo que era su inteligencia, lo que era su alma.

¡Qué talento tan brillante y tan espontáneo!

Nada de convención, nada de arte.

Un día en el campo estaba leyendo una comedia de Moliere delante de algunos amigos con la admiración que profesaba á los clásicos de la lengua.

Alguien propuso ejecutar algunas escenas; Berryer aprendió pronto el papel, porque se sabía á Moliere de memoria: hacia ya muchos años que estaba acostumbrado á hablar en público, y sin embargo, le fué imposible en aquella representación improvisada acentuar el pensamiento ajeno: no podía ser buen cómico.

Al pié de la tribuna sentía las mismas emociones.

— Nunca subo los ocho escalones sin tener fiebre, decía Berryer.

Y con efecto, á veces lo subía como á pesar suyo, vacilando, agitado, comprimiendo su corazón con ambas manos como para impedir las palpitaciones.

«Su palabra, añade M. de Champagny, era al principio lenta, trabajosa, confusa; pero cuando el alma había recobrado su imperio, cuando se sentía aňanzado en la voluntad de decir la verdad y de producir el bien, cuando en las cuestiones de negocios que trataba con una lucidez tan admirable y un juicio tan seguro, se sentía en plena posesion del pensamiento que preconizaba, cuando en las cuestiones que conmovían su corazón, llegaba su emoción á un punto en que ya no le turbaba, sino que le guiaba, entonces su elocuencia, sin combinarse en su mente, se producía sola sobre sus labios y ejercía sobre su auditorio una acción irresistible. Luego, al cabo de una hora, á veces al cabo de algunos minutos, bajaba jadeante, estenuado, enjugando el sudor de su frente, y así pagaba la emoción de la tribuna, sin la cual, decía, ningún hombre podrá ser jamás gran orador.»

Además de orador, Berryer era poeta, sin que jamás haya escrito versos; pero era poeta, si por poeta se entiende el hombre que en todas las cosas posee el sentimiento de lo bello, que se conmueve con todo grande espectáculo y todo pensamiento noble.

Su afición á las artes era notable: la música que encierra tantos misterios aun para los inteligentes, y tantos hechizos aun para los ignorantes, tenía para él un atractivo y ejercía sobre él una acción singular. Sin ninguna instrucción técnica se le quedaban piezas enteras en la memoria.

En una circunstancia grave la música le prestó un gran servicio. Tratábase de una defensa de Chateaubriand, llamada ante el tribunal de Assises; pero poco antes del día fijado, Chateaubriand se decidió á no comparecer, y M. Berryer se olvidó de la defensa.

Sin embargo, luego el ilustre acusado cambió de idea y reclamó para el día siguiente el auxilio de M. Berryer, cuando ya el pensamiento del abogado se había apartado completamente de semejante asunto.

¿Qué hizo, pues?

No recurrió á los libros, ni al trabajo, ni á la reflexion; conociendo que no se hallaba en estado de trabajar y queriendo restablecer la calma en su inteligencia, se fué á oír *Otelo*: la armonía de los sonidos le llevó la armonía de los pensamientos; M. Berryer hizo su defensa en su mente, y la defensa fué admirable. «Hé aquí, observa M. de Champagny, cómo Rossini fué el inspirador de una de las mas bellas arengas que en Francia se han oído.»

M. Silvestre de Sacy, director de la Academia francesa, contestó al discurso del que acabamos de extractar los rasgos que preceden.

Mas político todavía que M. de Champagny, este discurso encierra, sin embargo, á vuelta de las consideraciones sobre el papel que Berryer ha desempeñado en la vida pública, una apreciación notable del talento del nuevo académico.

M. de Champagny ha elegido por asunto de sus estudios la historia del imperio romano desde César y Augusto hasta Constantino.

¿Qué cuadro tan magnífico!

Al lado del mundo antiguo que se hunde aparece el cristianismo que se eleva y se propaga con una rapidez inaudita.

Nada puede contener la decadencia: ni el genio militar y las hazañas de Trajano, ni la habilidad diplomática de Adriano, ni las virtudes y alta sabiduría de Antonio y de Marco Aurelio.

Los bárbaros acechan su presa, en tanto que ninguna persecucion, ninguna violencia impedirá que el cristianismo se extienda y multiplique sus conquistas.

¿Qué mas? Los mismos bárbaros serán conquistados por el cristianismo.

Además, en la obra de M. de Champagny se encuentra el arte, esto es, el movimiento, el interés del drama histórico, que como todos los dramas, vive de variedad, de oposiciones y de contrastes.

Nada menos varió, en efecto, que las lúgubres escenas, siempre las mismas, que pinta Tácito y que pudieran llamarse el martirologio pagano.

«El martirologio cristiano, dice M. de Sacy, ofrecía otras de colorido bien diferente, prodigios de obediencia sin baja, de valor sin arrogancia, de muertes llenas de confianza y de alegría, al lado de aquellas muertes estóicas á menudo voluntarias, siempre intrépidas; pero sombrías y sin esperanza. Jamás la sabiduría pagana habría podido ofrecer en cambio de aquellas vidas manchadas con todos los vicios y todos los crímenes, cuadros de inocencia y de pureza como los que se hallan en la vida de los mártires. El alma descansa con delicias en esas adorables historias.»

El orador, continuando el exámen de la voluminosa obra de M. de Sacy, encuentra ocasion para hacer este bellissimo paralelo:

«Cuando leemos en Tácito ó en Suetonio las sangrientas escenas de que Roma era teatro todos los días bajo el reinado de un Tiberio ó de un Neron, una duda se ocurre naturalmente. «¿Será verdad?» ¿Cómo unos hombres educados en la escuela de las letras y de la filosofía han podido vivir tranquilamente bajo semejante régimen y aceptar semejante tiranía?

«¿Se puede creer que el hijo de Agripina y de aquel Germánico tan querido de los romanos, privado de alimentos en su cárcel, se viera reducido, para prolongar algunas horas su agonía, á devorar la lana de su colchon, ó que el verdugo, antes de matar á la hija de Sejan, una criatura que ni siquiera sabia lo que querian de ella, se pusiera en regla con la ley que le prohibía ejercer su ministerio de muerte sobre una virgen? ¿Lo dudais? Pues acordaos del delfin en el Temple. El hijo de Luis XVI no fué mejor tratado que la hija de Sejan, ó que el hijo de Germánico, y el zapatero Simon habría podido dar lecciones al verdugo del Tíber.»

«No estemos demasiado orgullosos. Nada mas engañoso que las exterioridades de la civilizacion. Roma no se mostró nunca tan civilizada como en los días de su decadencia. ¿Gozamos nosotros de todos los monumentos de la paz? Pues la Roma de Adriano los tenia mas hermosos. ¿Tenemos nosotros poetas y oradores? La Roma envejecida no tenia otra cosa. Las elegancias de la vida no son mas conocidas y buscadas en Paris que lo eran en Roma en visperas de la invasion de los bárbaros...»

Todas estas reflexiones ocurren al leer la obra de M. de Champagny, uno de los estudios mas profundos que en Francia se han hecho sobre el mundo antiguo.

El autor ha dividido este gran trabajo en cuatro partes que han merecido recompensas académicas, coronadas con la recepcion de que acabamos de dar cuenta.

Poco espacio nos queda para echar nuestra ojeada de costumbre á los teatros parisienses.

Segun dijimos á nuestros lectores, hemos tenido en los

Italianos la primera representacion de una ópera en cuatro actos, de Donizetti, que jamás se habia ejecutado en Paris, y que lleva por título *Alina, Regina di Golconda*.

El libretto está tomado del francés, y es una fábula bastante cómica.

La esposa de un caballero francés capturada por unos piratas, va á parar al asombroso pais de Golconda, en donde la hacen reina, y donde la descubre su esposo, que llega con una embajada de la corte de Francia.

Su llegada no puede ser mas oportuna, pues la reina, que se ha quedado viuda, debe casarse en segundas nupcias.

Alina da á su marido un narcótico, le hace creer que todo lo pasado es un sueño, y cuando se despierta, ve delante de sí á la mujer con quien se habia casado en Francia.

Esta es la trama principal del argumento, complicada con episodios que amenizan la intriga y suministran pretexto al compositor para dar á la música un carácter bufo muy pronunciado.

No hemos oído mas que una vez esta partitura de los primeros tiempos de Donizetti, pero desde luego diremos que abunda, como todas las del autor, en melodías originales de una inspiracion fácil y espontánea, habiendo piezas que sobresalen de un modo notable, como por ejemplo, un cuarteto, un aria bufa de un efecto indescriptible, y un final (el del acto segundo), que es una página verdaderamente brillante.

La Sessi es la protagonista, y comparten con ella los aplausos Verger y Ciampi. En cuanto al tenor Palermi, no nos parece que se halla á la altura de los demás intérpretes de la ópera.

M. Bagier ha presentado la *Regina di Golconda* con un lujo de trajes inusitado. Sabido es que en punto á aparato escénico, la sobriedad es la regla general de conducta de los empresarios del Teatro Italiano. Esta vez se ha hecho una infraccion que el público ha recibido muy gustoso. Los trajes de la Sessi, en particular, deslumbran por su lujo y riqueza, por la combinacion que se nota en ellos del carácter oriental y cierto aire que nos recuerda las modas del día. Son verdaderamente obras artísticas.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LONTANANZAS.

EN EL ALBUM DE UNA JÓVEN SEÑORITA.

Cruzando leda de la vida el valle

Te enseñan su inconstancia

Las mariposas:

Como onda clara

Tus horas se deslizan

Como ilusiones, caminando rápidas.

Siendo tan casta, cual las nuevas flores

Que riega Dios al alba

Con perlas puras,

La suerte infausta

No empañe tu pureza

Con el rocío de tus turbias lágrimas.

Sobre el gran río de los años, todo

Por la ley constante, pasa

De alegre á triste;

Y mustia el alma

Muy luego á llorar viene

La muerte, ¡oh! niña, de tus horas cándidas.

Mientras el mundo, y en tu edad risueña

Sus rosas te regala,

Cosecha rosas;

Y al cosecharlas

Advierte que bien pronto

Su aroma pierden y se tornan pálidas.

Tal es el cuadro de la frágil vida:

Si hay algo que no cambia,

Son los celajes

De esa esperanza

Que en pos de aquella, un cielo

Muestra cual fuente de fruiciones mágicas.

¡Oh! de esa vida los encantos goza,
Triscando tan lozana
Por sus praderas;
En lontananza
En tanto siempre, ¡oh! niña,
Busquen tus ojos las fruiciones plácidas.

Tu alma presiente su inmortal destino,
Paloma desterrada
Que en los espacios
Tiene su patria;
Por eso le sonrien
Los horizontes do se cierne el águila,

Por eso absorbe la extension etérea
Del hombre las miradas;
Que nuestra mente
Sueña y aguarda
Un *mas allá* de lumbre
Del viaje humano tras las sendas ásperas.

Cuando me oprime la estrechez terrena
Mi espíritu dilitan
Esos misterios
De las distancias,
Que esconde nuevos mundos
En lo infinito y entre nubes diáfanas.

Es lo presente transitorio, vano...
Pensemos en mañana,
Que allá nos lleva
Sobre sus alas
El tiempo para abrirnos
Del libro Eterno las celestes páginas.

RICARDO BUSTAMANTE.

Viaductos metálicos

DE LA LÍNEA DE COMMENTRY Á GANNAT (FRANCIA).

El departamento del Allier, por su disposicion topográfica, ofrece al viajero el aspecto mas pintoresco; pero sus relieves formados por los últimos contrafuertes de la cordillera central de Francia y los hondos valles que los separan, constituyen una serie de obstáculos que el arte del ingeniero debia dominar para establecer una vía férrea.

Las obras ejecutadas para la travesía de este departamento, mediante la línea entre Commentry y Gannat, son un ejemplo de los que exigirá la conclusion de la red secundaria destinada á unir entre sí las grandes arterias de la red primitiva. Sabido es que estas siguen ordinariamente el curso de los valles de los grandes rios donde la tierra está mas poblada y presenta al mismo tiempo la mejor configuracion.

No sucede lo mismo en la red secundaria que casi siempre debe atravesar valles y cumbres, por viaductos metálicos.

Ahora bien, por una parte la carestía y larga duracion de las obras de construccion de un túnel hacen que en la actualidad se construyan los menos que sean posible. Por otra tambien, se ha llegado á perfeccionar y á simplificar mucho la construccion de los viaductos de gran altura. Este progreso se debe principalmente al empleo del hierro y de la fundicion en las obras de arte. Despues que se hizo en Inglaterra el viaducto de Crumlin, se hicieron en Suiza los viaductos del Sitter, de Friburgo, etc., y M. Nordling, ingeniero de la compañía de Orleans construyó en Francia los viaductos del Creuse y del Busseau de Ahun.

Estas obras han erigido un tipo especial que consiste en un tablero metálico derecho, descansando en altos pilares formados por una reunion de columnas de fundicion. Así se puede llegar á alturas considerables que á veces han sido de 80 metros desde el nivel de la vía hasta el fondo del valle, y que en caso necesario podrian ser mas altos todavía. A semejantes alturas no puede hacerse obra de fábrica ni aun en las circunstancias mas favorables, en razon á los gastos y á la duracion de la construccion. Así, pues, en las comarcas en donde los materiales escasean y la mano de obra es cara, la aplicacion de los pilares metálicos se impone con mas fuerza todavía.

Nuestros grabados representan dos de los viaductos de este género construidos recientemente sobre la línea de Commentry á Gannat: el primero atraviesa el valle de Neuvial, y el segundo se construye sobre el del Sioule, ambos bajo la direccion del ingeniero M. Nordling.



LAS QUINTAS EN PARIS. — Desfile de los quintos por delante del Hotel de Villa, despues del sorteo.

Su altura total es de unos 60 metros, y el espacio entre cada pilar es de 57.

Las ventajas de este sistema de construcción relativamente á los viaductos de fábrica, no podían existir sino á la condición de que se suprimiera completamente el empleo del andamio provisional, cuyo costo para tales alturas había sido excesivo. El procedimiento segundo y que vamos á describir, ofrece un carácter de grande osadía.

El puente se construye todo sobre la tierra firme mas abajo del sitio que debe ocupar, y cuando se ha concluido, se procede á su elevación.

Principian por instalarle sobre rodillos de hierro á los que imprimen un movimiento de rotación, mediante unas grandes palancas de madera. El puente avanza lenta y regularmente en el vacío. Toda la parte de detrás forma un contrapeso. La rigidez de los travesaños que componen el puente le permite quedarse así, sin asiento, en un espacio que en el caso presente era de 56 metros de largo.

Cuando ha llegado al aplomo del pilar futuro, del cual solo hay preparado el zócalo de ladrillo, viene á ser él mismo el instrumento de construcción del pilar que debe sostenerle.

Con este fin bajan sucesivamente las diversas partes que componen el pilar mediante una garrucha colocada al extremo del tablero; el pilar se eleva así poco á poco hasta la altura definitiva y entonces basta dar al puente un simple movimiento de avance para que descansa sobre el pilar que acaba de construirse.

La misma operación se repite en todos los pilares si-

guientes hasta que el puente ha atravesado el espacio total y llega al otro extremo.

Así se puede maniobrar y dirigir con la mayor precisión una masa metálica, cuyo peso se ha elevado en ciertos casos á mas de un millón de kilogramos, imprimiéndola una velocidad suficiente para que recorra en un día el intervalo entre dos pilares sucesivos. Esta operación muy osada y muy imponente, ofrece bastantes dificultades. A las que dimanan de la naturaleza misma del trabajo, se reúne á menudo el peligro resultante de la fuerza del viento.

El buen éxito de estas operaciones descansa en el conocimiento preciso de las condiciones de resistencia y en los cálculos á ellas consiguientes, y un error ó

con su saber enriquecieron las ciencias y las letras.

Aun no há muchos años el viajero encontraba una numerosa población compuesta, casi en su totalidad, de jóvenes bulliciosos ávidos de empaparse en los puros manantiales de ciencia que de sí arrojaba la famosa Universidad, y que de todos los puntos de la península afluan atraídos por su merecido renombre; pero como si el tiempo quisiera demostrar la inestabilidad de las cosas humanas, toda esta concurrencia que daba vida y animación á la ciudad, ha desaparecido, y este magnífico edificio se ha visto abandonado por largo espacio, expuesto á la incuria del tiempo y al olvido de los hombres. El indiferentismo ha visto desaparecer uno tras otro sus adornos y preciosidades, y sin embargo, todo

una imprudencia tendría las consecuencias mas graves.

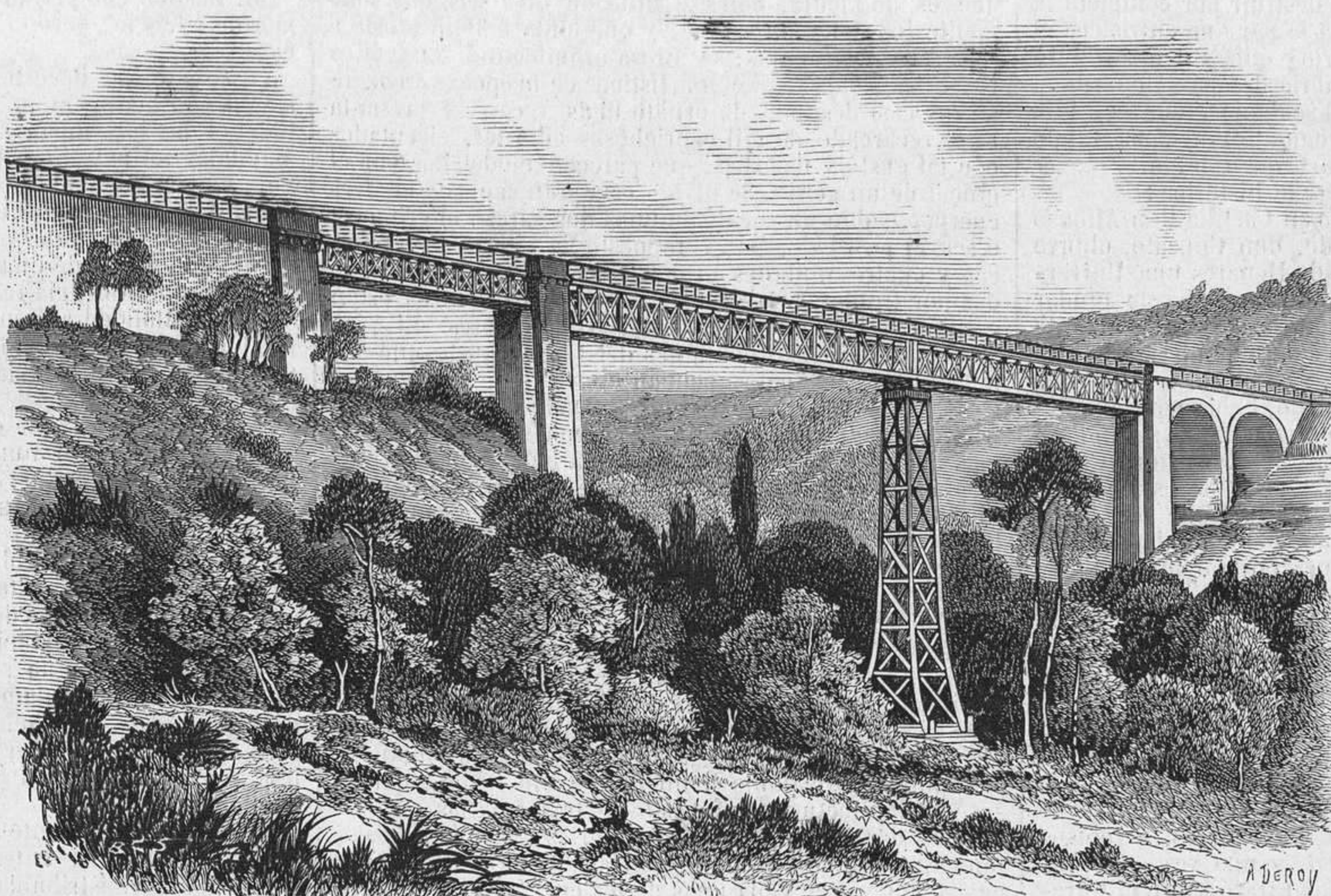
Para dar una idea de la rapidez de ejecución de estas obras, diremos que los constructores MM. Eiffel y Compañía, han armado el viaducto del Sioule en el corto espacio de cinco meses.

L. C.

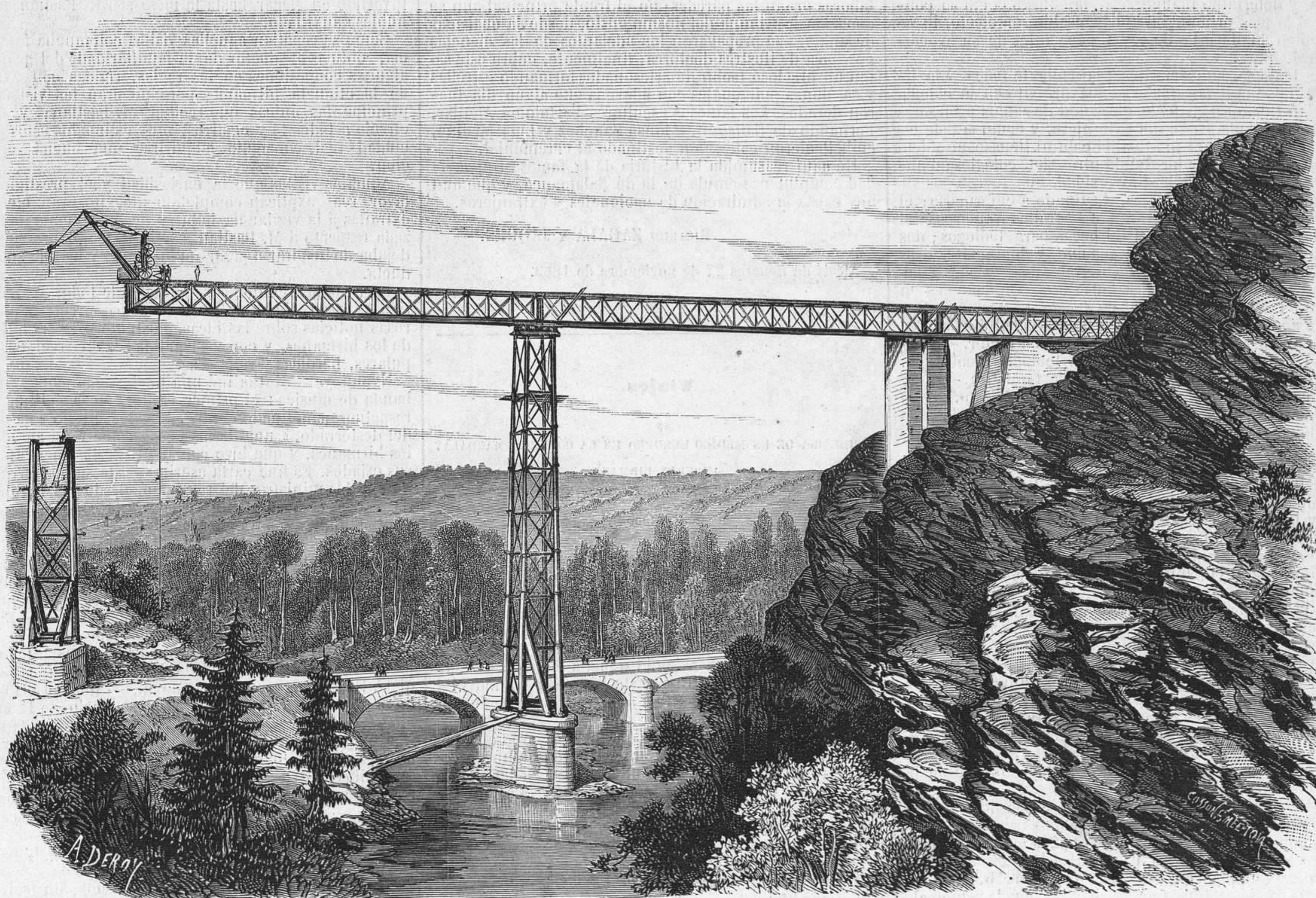
Reseña histórica

DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES.

Si existen monumentos que merezcan particular atención, llamando la atención del artista para que se detenga á contemplar sus bellezas, y del historiador para que los examine con minucioso estudio, indudablemente ocupa entre estos un lugar preferente la célebre Universidad de Alcalá de Henares, cuna de tantos hombres ilustres, que



VIADUCTOS METÁLICOS DEL FERRO-CARRIL DE COMMENTRY Á GANNAT (Francia). — Viaducto de Neuval.



VIADUCTO DEL SIOULE. — Aspecto del viaducto durante la operación de la cortadura.

esto no ha sido suficiente para destruir por completo la joya histórica que hoy admira á la par que entristece el ánimo del artista y del anticuario; quizás dentro de un corto número de años todo habría desaparecido sin el infatigable celo de los padres Escolapios, que con una constancia digna del mayor elogio, están conservando y restaurando en lo posible la parte deteriorada.

Pasemos á dar una sucinta reseña histórica:

A fines del siglo XV, reinando en Castilla Don Alfonso el Noble, el arzobispo de Toledo, don Gonzalo, obtuvo permiso para fundar en Alcalá de Henares una Universidad bajo las mismas bases que se acababa de fundar la de Valladolid; sin embargo, no llegó á realizarse este pensamiento que estaba reservado á un hombre mas eminente. Tiempo hacia, en efecto, que el cardenal Cisneros, arzobispo á la sazón de Toledo, habia concebido el proyecto de levantar un templo digno, donde se rindiese culto á las ciencias y á las letras; pero sus graves ocupaciones no le permitieron llevar á cabo este pensamiento en el espacio de tres años, hasta que por fin el 14 de marzo de 1498 colocó solemnemente la primera piedra del colegio mayor, que mas tarde debia titularse de San Ildefonso, por haberlo fundado con las rentas del arzobispado de Toledo, cuyo patron era el referido santo. Describen los historiadores la ceremonia de fundación del modo siguiente: Una inmensa muchedumbre habia invadido las avenidas del espacioso campo donde estaba situada la iglesia de San Francisco, aguardando impacientes la ceremonia que iba á verificarse; serian las cuatro de la tarde cuando salieron de la iglesia la comunidad, autoridades eclesiásticas y civiles, presididos por fray Francisco Ximenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, vestido de pontifical, y una vez en dicho campo, el arquitecto Pedro Gosmiel trazó sobre el terreno el plano de un vasto edificio que debia construirse segun las instrucciones del cardenal; se cavó en uno de los ángulos, y allí colocó el arzobispo, por su propia mano, la primera piedra y una medalla de bronce con su busto, orlada de una inscripcion alusiva al objeto.

Aquel infatigable hombre de Estado no limitó á esto sus intenciones: queria que los beneficios que su famosa creacion iba á producir á sus contemporáneos, fuesen extensivos á las generaciones venideras, y si bien la fábrica no parecia corresponder á tan gran proyecto (era de tapias y ladrillos), suplió esta falta dotando al colegio con pingües rentas; al efecto, en el año 1502 consiguió del real tesoro una dotacion de un millon de maravedises, y mas adelante dejó para su sostenimiento 14,000 ducados anuales con otras fincas y heredades en San Tuy, Anchuelo, Torrelaguna y otros puntos. Quiso además darle toda la autorizacion posible, y al efecto, despachó á Roma, en aquel mismo año, al abad de San Justo, Francisco Herrera, con objeto de interesar al pontífice en su favor, comision que desempeñó satisfactoriamente el mencionado abad.

A pesar de lo adelantada que marchaba la obra, su impaciencia por verla terminada no le permitió esperar mas, y determinó inaugurarla, tan luego como se concluyó lo mas principal é indispensable; en efecto, lo verificó en 26 de julio de 1508, poco antes de su expedicion á Oran.

La teología, lenguas sábias, la naciente física y la literatura se cultivaron con el mayor éxito en el colegio de San Ildefonso, bajo la direccion de sabios profesores de la península y aun del extranjero, y como si todo esto no satisficiera al infatigable celo ni llenase el objeto de aquel genio creador, fundó otros siete colegios menores dependientes de la Universidad, que fueron los siguientes: el de San Lucas, destinado á enfermería; el de San Pedro y San Pablo, para 12 frailes franciscos; el de la Madre de Dios, con 36 becas para teólogos; dos para filosofía, con 48 becas cada uno, y finalmente, otros dos, con 36 becas, destinado á gramáticos griegos y latinos, quedando terminadas todas estas fundaciones en el año 1550.

Hé aquí los nombres de los primeros catedráticos: Pedro Campos, traído de Salamanca, primer rector. — Gonzalo Gil, de Burgos, catedrático de teología escolástica. — Pedro Ciruelo de Daroca, teología tomística. — Fray Clemente de San Francisco, teología de Escoto. — Miguel Pardo, de Burgos, lógica. — Antonio Morales, de Córdoba, física. — Alonso Ferrara, de Talavera, retórica. — Demetrio Creta, italiano, griego. — Pablo Coronel, hebreo. — Loranca y Saleco, derecho canónico.

Visitó la Universidad el rey católico Don Fernando en el año 1513, chocóle mucho la mezquindad de la fábrica, y le dijo al cardenal que habiéndose sacado unos planos tan grandiosos por los mejores arquitectos, parecíale no corresponder á estos la obra, á lo que este contestó, que si él la habia levantado de ladrillo, la reedificarían en lo sucesivo de mármol, vaticinio cumplido treinta años despues por el rector don Juan Turbalan, so pretexto de amenazar ruina, contra el parecer de algunos estudiantes que se oponían á tanto gasto.

En el año 1835 fué trasladada esta Universidad á Madrid, con cuyo motivo se enagenó el edificio por una insignificante cantidad, pasando á dominio particular, y hoy el artista quizás no encontraria ningun vestigio de este bello monumento, si el noble esfuerzo de unos cuantos ciudadanos amantes de nuestra historia, no hubiese vuelto á comprar todos los edificios dependientes de la Universidad, por mayor precio.

Los cortos límites que nos hemos trazado no nos permiten entrar en detalles ni descripciones ajenas á nuestro objeto; sin embargo, no pasaremos en silencio, si quiera sea en globo, las principales bellezas artísticas que aun contiene este santuario del saber humano. A primera vista, osténtase majestuosa la fachada principal,

que es de piedra, con ese tinte de hoja seca que solamente los siglos imprimen, y que tanta belleza presta á los edificios antiguos; su airosa arquitectura semigótica revela el gusto y carácter artísticos de la época; vago, ligero y casi desnudo de ornato unas veces, se presenta otras recargado de mil caprichosos adornos, ejecutados con tal gusto y maestría, que parecen modelados por el cincel de un genio. Se divide esta gran fachada en tres cuerpos, sobre un zócalo de unas dos varas: el primero, ó sea el piso bajo, está compuesto de pilastras platerescas y cuatro ventanas ornadas al mismo estilo coronadas por frontones triangulares, en cuyos centros están esculpidas las efigies de los cuatro doctores. El piso principal lo forman columnas del mismo gusto que las pilastras, tres balcones ocupan el centro de este cuerpo, y dos ventanas los extremos, resguardados todos por frontones semicirculares trazados con gusto; pero con mas ligereza que las anteriores. Una bella galería armoniza el tercer piso, compuesta de arcos con intercolumnios estirados, rematando toda la fachada en una balaustrada de piedra que termina en agujas á manera de góticos botareles, corta esta balaustrada en su centro un precioso ático donde una mano maestra ha tallado la figura del Redentor en actitud de bendecir la obra. Este ático sirve de frontón á la portada que ocupa todo el centro de la fachada hasta su mayor altura. Columnas corintias pareadas, figuras, el escudo imperial y los timbres cardenales adornan esta parte principal de la fachada, cuyo diseño se debe á Rodrigo Gil de Otañón.

Conduce el vestíbulo á un gran patio rectangular de severa arquitectura compuesto de tres galerías de piedra, las dos primeras del orden dórico, y la tercera del jónico, terminando en una balaustrada con veinte y cuatro agujas, en cada una de las cuales hay una letra que juntas dicen: *en luceam olim celebra marmorea*, aludiendo á la contestacion dada por Cisneros al rey cuando se extrañó de la pobreza de la fábrica. Cortan estas balaustradas, en su centro, un medallon de piedra en cada uno de los cuatro fróntis: dos de ellos contienen las armas del cardenal y de la Universidad, el tercero representa á este con el baston de general en una mano y un crucifijo en la otra; por último, santo Tomás de Villanueva ocupa el cuarto, en traje de colegial, por haber pertenecido á esta Universidad. Se dió fin á este patio en el año 1670, ascendiendo su costo á setecientos cincuenta mil reales, y fué dirigido por Josef Sopena, cuyo cuerpo está enterrado en la capilla del Colegio.

Hay otros dos patios, el primero, llamado de los filósofos, del que nada de particular merece citarse, y el segundo, el del colegio trilingüe, rodeado de una arcada de 36 columnas jónicas de bastante mérito, se construyó bajo la direccion de Pedro Cotera.

Por último, no pasaremos desapercibido el magnífico Paraninfo de forma cuadrilonga: balconillos de aplomados arcos rodéanle en la mitad de su altura, destinados á los convidados, pilastras cuajadas de platerescas labores ornán las paredes; en el frente principal aun se conserva la tribuna del mismo gusto, desde la cual mas de una vez se propagaron los adelantos de las ciencias por boca de ilustres doctores; finalmente, cubre este salon un precioso techo de artesonados formando estrellas y casetones poligonales con adornos que algun dia fueron dorados. Los famosos escultores Bartolomé Aguilar, Fernando de Sahagun, Alonso Sanchez y Luis Medina, embellecieron este salon destinado al ceremonial.

Hé aquí resumida la historia de la famosa Universidad complutense émula de la de Salamanca, y que aun hoy causa la admiracion de nacionales y extranjeros.

RICARDO ZAGALA Y JAQUES.

Alcalá de Henares 27 de noviembre de 1869.

Viajes.

RESIDENCIA DE UN MÉDICO EUROPEO EN LA CÔRTE DE MANDALAY (IMPERIO BIRMAN).

(Continuacion.)

Despues de haber estudiado atentamente la fisonomía del extranjero, el rey le hizo diversas preguntas, y en particular sobre el objeto de su viaje: M. Bastian respondió que su intencion era estudiar el budhismo, y que le habia parecido que Birman seria el lugar mas á propósito para ello por ser donde aquella religion se conservaba en su mayor pureza. Esta respuesta conmovió á Mendun-Min, muy susceptible á cuanto pueda excitar su fibra patriótica y religiosa.

El rey le preguntó entonces qué plan se proponia seguir en sus estudios, y el viajero contestó que no se habia marcado ninguno; pero que pensaba visitar á Tagoung, cuna del poder birman, y las regiones setentrionales.

Esta declaracion no agradó al rey, que estaba decidido á impedir cualquier expedicion al Norte.

— ¡Ah! exclamó, Tagoung fué antiguamente una residencia real; pero hoy es un monton de escombros, que nada tiene que ver.

M. Bastian comprendió que habia avanzado mucho, y guardó silencio; pero el rey no dejó morir la conversacion.

— Tengo que hacerte un ofrecimiento, le dijo; para estudiar el budhismo no hay pais mejor que Birman; en todo él no hay mejor sitio que Mandalay, y en todo Mandalay mi palacio es lo mejor. En él te tengo preparada una habitacion; te daré tambien libros, maestros y cuanto necesites. ¿Te conviene, sí ó no?

Todos los cortesanos envidiaban secretamente á aquel extranjero, objeto de una manifestacion tan extraordinaria de la munificencia real. M. Bastian, que habia temido la hospitalidad armenia, no miraba con mayor satisfaccion la del rey, y hubiera deseado poder sustraerse á tantas muestras de bondad ó de desconfianza; pero ¿qué habia de hacer?

El intérprete le exigia contestase; y como no era posible la eleccion, pronunció el sí fatal. El rey pareció muy contento y añadió:

— Yo te ayudaré en tus estudios y seguiré paso á paso tus progresos.

Retirándose en seguida muy satisfecho de haber encontrado un partidario tan celoso del budhismo, y mas aun de tenerle en su poder.

M. Bastian fué conducido á su habitacion, y al salir de la audiencia vió que su quitasol habia quedado entré su equipaje inadvertidamente: por fortuna solo su criado Moung Schweb se habia apercebido de ello, y se apresuró á hacer desaparecer las huellas de aquel crimen de lesa majestad, tomando despues posesion de su nuevo domicilio.

La casa, poco distante de las habitaciones reales, habia estado ocupada antes por el primogénito del rey: era de bambú, distribuida en varias piezas con cocina y despensa, y tenia todas las comodidades que pueden encontrarse en un palacio birman, incluso jardin y baño, donde M. Bastian podia entregarse á sus distracciones favoritas.

Aquellas inmersiones completas admiraban mucho á los birmanes, para los cuales la operacion de lavarse la cabeza es una ceremonia muy grave, y que no se efectúa diariamente; pero es preciso dispensar algunas rarezas á un kouba (extranjero).

Uno de los príncipes Come-ciudades, Nyoungyan-Mintha, habia recibido el encargo de cuidar de M. Bastian y acceder á sus reclamaciones, siempre que estuvieran conformes con los usos de la côrte; en una palabra, ser su protector, su guardian y su vigilante.

Así que el huésped estuvo instalado en su habitacion, el príncipe se apresuró á visitarle, siendo llevado en hombros de un criado, que á lo que parece es el medio de transporte preferido por los príncipes birmanes: los servidores de M. Bastian no sabian cómo humillarse ante tan augusto personaje; el criado, que en aquel instante entraba con el servicio del té, no tuvo tiempo mas que para arrodillarse y seguir andando en aquella postura, por lo que puede presumirse el tiempo que hubiera invertido en llegar hasta la mesa si M. Bastian no le hubiese auxiliado.

Como se repetian aquellas visitas con mucha frecuencia, obtuvo el doctor de la familiaridad del príncipe algunas concesiones en las reglas, rígidas con exceso, de la etiqueta birmana; pero no eran las visitas del príncipe las únicas que recibia M. Bastian; y como ofrecia á todos té y cigarros, muy estimados estos en la ciudad real, consiguió adquirirse una buena reputacion.

Aquellas visitas que la curiosidad y el prestigio del favor real explican completamente, no eran tampoco extrañas á la vigilancia hábil y decorosamente organizada respecto á M. Bastian y á la desconfianza que no dejaba de inspirar á pesar de lo franco y leal de su conducta.

En aquellas reuniones se hablaba de todo, y M. Bastian se aprovechaba de las mismas para recoger numerosas noticias sobre las ideas, costumbres y tradiciones de los birmanes, y con especialidad las narraciones populares, heróicas y religiosas.

Nyoungyan-Mintha fué una noche acompañado de su banda de música: el primer cantor, en la actitud mas respetuosa, inclinado contra el suelo, entonó «La queja del desterrado,» una de las poesías que mas agradan á los birmanes, y que hizo copiar M. Bastian por uno de sus criados. Es una carta escrita desde su destierro por uno de los ministros del rey Bodo, desde las montañas de Maitza, al nordeste de Ava.

Hé aquí algunos fragmentos:

«Sobre las montañas escarpadas de Maitza — no corren mas que torrentes de agua fria. — Encima de mí el cielo brillante — despierta con su claridad — el recuerdo de aquel esplendor — que reluce en el palacio de Bodo — de aquella ciudad rica y soberbia... — En la triste oscuridad de las noches — que me envuelve con sus tinieblas, — la ciudad de oro brilla constantemente para mí, — como una estrella dorada. — ¡Nunca podré olvidarla, — nunca se aparta de mí, — imagen brillante de la memoria — sobre el nebuloso suelo de la afliccion. — Ante mis ojos, como un sueño, — flotan las imágenes del pasado, llamándome. — Como si un vasto océano — me separase de mi casa, — de mi mujer y de mis hijos; — ¡ningun mensajero llega á este destierro! — Cuando se escuchan en la ciudad cantos de triunfo, — cuando las tropas llenan las calles — caminando hácia los templos, profusamente adornados, — la indigencia y la pobreza os agobian, hijos míos. — Mirais con tristeza la alegría de los demás — y pensais en el desterrado, — mis pobres hijos, hoy sin padre.»

El desterrado recobró sus honores; pero el hombre

político ha sido olvidado, y todos los birmanes conocen los versos del poeta.

Aquellas reuniones eran siempre muy tranquilas, aunque algunas veces se anunciaban de un modo bastante temible; y no carecían de incidentes desagradables, como vamos á referir.

Una de las visitas mas asiduas de M. Bastian era un príncipe joven, de buen aspecto y cuya conversacion no carecía de gracia, aunque á veces tomaba sumirada una expresion salvaje y aterradora, y sus modales una familiaridad ó indiscrecion que M. Bastian tuvo necesidad de reprimir mas de una vez.

Una noche llegó acompañado de muchos compañeros de aspecto bastante insolente, que invadieron la habitacion: M. Bastian que se encontraba solo en la casa, sin duda por una precaucion instintiva, hizo recaer la conversacion sobre las armas, tomando de esto ocasion para enseñar al príncipe uno de sus revolvers, que tuvo cuidado de guardar junto á sí.

La noche pasó entretenida con las relaciones que el príncipe supo encadenar con una fecundidad inagotable; pero entre tanto penetraron unos ladrones en la habitacion inmediata reservada al principal de los criados, entonces ausentes, y la dejaron completamente desocupada.

Al dia siguiente el pobre diablo fué llorando á quejarse á su amo, y las reclamaciones de M. Bastian causaron cierta emocion; se buscó á los ladrones, que no fueron descubiertos, y se indemnizó muy incompletamente al robado, quien solo debió á la generosidad de su señor recobrar el equivalente del valor perdido. M. Bastian no cree que la operacion de los ladrones y la visita del príncipe tenga mas relacion que la de una fatal simultaneidad; pero prueba al menos este hecho que se experimentan extraños percances y singulares coincidencias en el palacio del rey de Birman.

A pesar de las relaciones que se habian establecido entre el viajero y un gran número de habitantes de la ciudad real, excitaba siempre aquel una profunda admiracion á causa de los estudios á que se dedicaba al propio tiempo que cumplia sus deberes sociales; no podia comprenderse aquella vida estudiosa á la par que mundana; aquel gusto tan decidido por el Abhidhamma sin el hábito monástico ni el retiro del claustro. M. Bastian trabajaba con ardor dictando á varios escribientes; y el rey, fiel á la promesa que le habia hecho, no tardó en enviarle un maestro que reunia las condiciones del cortesano y del sabio.

Aquel digno preceptor desplegó el mayor celo por la instruccion de M. Bastian, velando siempre por el aumento de los conocimientos de su discípulo, tanto como por su comportamiento; así le hizo con mas constancia que éxito varias advertencias acerca de la manera poco respetuosa con que trataba los libros; pues todos ellos, desde el abecedario, son un objeto de culto y adoracion entre los birmanes, aunque no sucede lo propio con las planas de escritura. Los discípulos deben inclinarse con las manos juntas ante sus libros al empezar á leer. ¡Sencillo y expresivo homenaje tributado al saber y al estudio!

El rey habia llegado hasta el extremo de trazar un plan de estudios concebido completamente segun el sistema birman, lleno de inútiles y fatigosos ejercicios de memoria, y que requeria para ser seguido en absoluto ocupar muchos años; pero el corto tiempo de que podia disponer M. Bastian, y su imposibilidad de sujetarse al régimen intelectual de los birmanes, exigían otro método muy diferente.

Desechó, pues, el del monarca, poniendo en un conflicto á su preceptor, pues un deseo del rey de Birman es una orden, y ni aun existe la palabra « deseo » en el idioma real. M. Bastian consiguió demostrar á su preceptor y al príncipe la imposibilidad de someterse á semejantes exigencias y la precision de instruirse segun su propio plan; y como lo difícil hubiera sido convencer al rey ó desobedecerle abiertamente, se tomó la determinacion de obrar sin decir nada, continuando los estudios sin seguir el método real.

Al poco tiempo quiso conocer el monarca los progresos de M. Bastian, y le llamó á una audiencia, pronunciando S. M. un verdadero discurso desde su trono: despues de haber recordado que las escrituras budhistas abrazan tres divisiones, de las que el Abhidhamma (Metafísica) es la última, expuso que así como hay una vista exterior para las enfermedades que alivian los medicamentos, hay otra interior para las que existe un solo medicamento soberano, el Abhidhamma; pero que para asegurar la eficacia del remedio era necesaria una serie de ejercicios preparatorios, de los que el mas esencial es la rigurosa observancia de los cinco preceptos. El rey los enumeró acto continuo, y preguntó á M. Bastian si estaba dispuesto á reconocerlos: á lo que contestó el doctor que la mayoría de las religiones ordenan aquellos preceptos morales, y que él los observaba todos, y en particular el quinto (la abstencion de licores), cuya utilidad reconocía en un viaje á los trópicos, afirmando que creía observarlo con más fidelidad que muchos budhistas, y que prefería el té á todas las demás bebidas.

Sobre el precepto de no matar no hubo tan fácil acuerdo, ó mejor dicho, no lo hubo. M. Bastian expuso en un principio lo difícil que era su observancia á los europeos, acostumbrados á un alimento animal.

— Poco importa eso, dijo el rey; lo esencial es que no se mate á los animales por propia mano, pues hallándose muertos se los puede comer sin temor, y aun sin ocuparse del asesino.

M. Bastian no insistió mas sobre aquel caso particular, y manifestó entonces el caso de legítima defensa;

pero el rey no admitió que pudiera nunca matarse ni aun á los mas incómodos insectos, é instó vivamente á M. Bastian á que renunciase á la peligrosa herejía del asesinato, al menos por el tiempo que estuviese en su palacio: el doctor consintió en ello, en la seguridad de que estando bajo la proteccion de tan gran monarca, al que rendian homenaje todos los seres de la creacion, ninguno tendria la audacia de provocarle.

En aquel instante, y á una señal del rey, llevaron una jaula de oro llena de papagayos, cuyos animales puestos en libertad empezaron á cazar moscas: el rey les contemplaba con un aire de superioridad y desprecio, queriendo indicar con aquel ejemplo á qué miserable estado de crueldad y abyeccion se puede llegar en la escala de los seres, cuando se sufre alguna trasmigracion por no haber observado los preceptos de Budha.

El rey le hizo otras varias preguntas, de las que una no pudo ser resuelta por M. Bastian á causa de su ambigüedad; era relativa al mayor dignatario eclesiástico del imperio, al jefe de todo el clero budhista, del cual nos hemos ya ocupado, que reside en Mandalay, y es como el papa ó primado de los birmanes. A pesar de todas las explicaciones del intérprete, no pudo M. Bastian averiguar si queria el rey hacerle adorar á dicho personaje, ó solamente manifestarle su respeto visitándole; por lo cual suplicó no se le hicieran preguntas equívocas.

Terminó la entrevista con algunas preguntas del rey acerca del trato que recibia su huésped, exigiéndole manifestase al propio tiempo á qué suma ascenderian sus gastos mensuales. M. Bastian, no dando importancia á la pregunta, dijo cualquier cantidad, y casi al mismo tiempo le fué entregado un saco lleno de dinero, diciéndole por el cónsul de los extranjeros, que le servia de intérprete, que se lo daba el rey para sus gastos.

M. Bastian se encontró muy comprometido, pues no queria aceptarlo ni podia rehusarlo, y el intérprete antes se hubiera cortado la lengua que pronunciar una palabra en el sentido de rehusar los dones del rey. Este, que no podia imaginarse los escrúpulos de su huésped, le presentó á su tesorero, diciendo que de aquel funcionario debia M. Bastian recibir la suma destinada á su gasto mensual y reclamarla en caso de olvido.

El citado pago solo una vez tuvo efecto, y M. Bastian no volvió á acordarse mas de aquel asunto: los secretarios viendo su indiferencia hacia los dones del rey, como igualmente que rehusaba contar la suma ofrecida, acabaron por apropiársela; y cuando M. Bastian salió del palacio, calculó haber gastado en regalos una cantidad mayor que el total de las sumas concedidas por el rey, y lo poco que habia cobrado le sirvió para indemnizar en parte á su criado por el robo de que habia sido víctima.

En otra audiencia se informó el rey de los progresos de M. Bastian en sus estudios, preguntándole tambien por la situacion política de Europa. El mecanismo de la Confederacion germánica no le pareció una obra maestra de claridad, y acaso no llegó á comprenderlo: si algun otro viajero le refiere mas tarde los sucesos de junio y julio de 1866 y la batalla de Koeniggrätz, lo comprenderá mejor, aunque notando sin duda que el precepto de no matar se observa en Europa con bastante imperfeccion.

Él, que hubiera podido destruir al ejército inglés, y que prefirió, no obstante, dejarle tomar varias provincias antes que privar de la vida á los que las ocuparon, mirará con lástima y desprecio á los soberanos de Occidente, deplorando no sigan los santos mandatos de Gautama.

El tiempo trascurió, pues, para M. Bastian bastante agradablemente; las audiencias del rey, siempre llenas de interés, las numerosas y animadas visitas y las lecciones curiosas é interesantes, ya que no profundas, de su maestro, todo parecia ofrecerle una rica cosecha de datos y observaciones inapreciables; pudo tambien completarlas con las fiestas que se dieron durante su permanencia, tanto en la ciudad como en el palacio, y que si no le divirtieron mucho, consiguieron excitar su curiosidad.

El príncipe real dió una fiesta en su residencia con motivo del nacimiento de su hija, constituyendo la parte principal una representacion dramática, cuyo asunto eran las aventuras de Rama y su duracion de mas de una semana, lo que prueba la extraordinaria aficion que tienen en la Indo-China á los juegos escénicos. M. Bastian habla de dos representaciones que vió, una en Mandalay y la otra en su viaje por el Fraouaddy, ofrecidas al público segun costumbre por particulares con motivo de algun acontecimiento de su familia, ya sea este la entrada en un convento del hijo, ya que se hayan abiertas las orejas á la hija.

En aquellas comedias, que se distinguen por la licencia del lenguaje y aun de los ademanes, el rey y la corte están siempre en escena, directa ó indirectamente: trátase en ellas, por ejemplo, de muchachas á quienes se busca y alecciona para que sean damas de honor en la corte, ó que se quejan á S. M. de haber sido maltratadas por el hijo del rey.

Aquellas piezas dramáticas, de las que existen una gran variedad, están por lo tanto fundadas en las costumbres dominantes, y son verdaderas comedias, pero de un género mas elevado en la corte: en ella se representan las tradiciones heroicas de la epopeya al modo de la tragedia griega, aumentada por las proporciones colosales de los poemas indios.

Otras fiestas están fundadas en sucesos religiosos, como la celebrada en Mandalay al colocarse por el rey la primera piedra de una pagoda, en la que hubo músicas en

los jardines de la ciudad real, por los que paseó el monarca mientras circulaban refrescos en vasos de oro. Se habia levantado en el jardin una torre de bambú para que el rey pudiese desde ella contemplar el espectáculo.

M. Bastian fué testigo tambien de otra solemnidad particular y muy característica, que se podria llamar la de los monges: se levantó un estrado de bambú delante del palacio, cubierto por un techo formado por tapices, ocupando los escalones que conducian á dicho estrado los mas altos dignatarios del reino.

Sobre el mismo se hallaban los regalos que hacia el rey á los monges, y eran vasos de una magnitud colosal llenos de arroz, bananas y otros frutos, y una coleccion de platos y demás utensilios necesarios para comer el arroz. Dos mil frailes vestidos con ropas nuevas marcaron posesion de aquellas riquezas, viéndose en la precision de alquilar mandaderos para trasportar á sus conventos todos los dones de la munificencia real. La música entre tanto dejaba oír sus sonidos, y una multitud inmensa y curiosa se apiñaba para disfrutar de la solemnidad.

Esta prodigalidad, unida á otros rasgos que hemos señalado, permiten juzgar cuánto profesa el rey la fe budhista, que consiste, como hemos dicho, en honrar á Budha, la ley y los monges, cuánto se esfuerza por cumplir las obligaciones que le impone su profesion.

Pero la vida de corte, á pesar de su brillo, no estaba exenta de inconvenientes, como ha podido advertirse: la diferencia de costumbres y de género de vida debia ser un perpétuo motivo de choque entre el europeo y los birmanes de gran tono; pues aunque se dejaba á aquel cierta libertad de vivir á su manera, varias de sus acciones disgustaban á los que de ellas eran testigos, y á él mismo le fatigaban otras medidas de la corte, aunque no se dirigiesen á él precisamente.

M. Bastian además era objeto de una extraña vigilancia, y ninguna de sus acciones pasaba desapercibida: la revolucion causada en la plaza de Mandalay por el edicto del rey contra la muerte de los animales le fué tan sensible como á los armenios, ó acaso mas: privado de las gallinas tuvo que recurrir á los huevos; pero como aunque el huevo no sea aun un ser animado, está destinado á serlo, la muerte de un huevo no es en el fondo muy diferente á la de una gallina.

Los guardianes de la residencia real, aterrados por el consumo de huevos que hacia M. Bastian, se creyeron en el deber de delatar aquel hecho equívoco para tranquilizar su conciencia, y el doctor se vió en el caso de acudir al príncipe encargado de su asistencia para representarle elocuentemente á qué sacrificios se veia reducido por el edicto real, y que el régimen que observaba ya era el minimum de abstinencia que la sana razon y la justicia podian imponerle. Parece que este se dejó persuadir.

Convencer á un señor de la corte sobre un punto de derecho ó de higiene era cosa bastante fácil; pero resistirse abiertamente á la voluntad del monarca era empresa mucho mas árdua y delicada, y que correspondió tambien á M. Bastian.

A pesar de la deferencia y el respeto de que se le rodeaba; á pesar de los miramientos con que trataba al rey, no pudo evitar tener con él una discusion bastante grave de que no pudo escapar, evitando los mayores peligros y los aun mas peligrosos honores.

(Se continuará.)

La Galería de San Donato.

Acaba de efectuarse en Paris la venta de la Galería de San Donato, famosa coleccion de cuadros de todas las escuelas, de mármoles, dibujos y curiosidades artísticas de alta importancia. Para dar á nuestros lectores una idea del valor de esta coleccion, diremos que los cuadros y estatuas han producido en la subasta la cantidad de 2.209,064 francos. Todas las obras de arte se han disputado con empeño, y algunos de los cuadros que reproducimos, como el de la *Niña del cesto*, de Murillo, que se adjudicó por 12,200 francos, alcanzaron precios exorbitantes. Dos páginas de este número consagramos á dar á conocer á nuestros lectores varios de los principales cuadros de la Galería, de los cuales vamos á dar á continuacion una descripcion detallada:

Retrato de Dianora Frescobaldi, por Bronzino. — El lienzo de Bronzino de la Galería de San Donato es notable por mas de un concepto: en primer lugar es una hermosa obra de arte, y despues es el retrato de un fenómeno, de *Dianora Frescobaldi*, una señora noble que á la edad de matrona conservaba el recuerdo visible de su belleza juvenil. Sus facciones muy distinguidas, ofrecen cierto cansancio, sin que por eso se borre en ellas el carácter de la raza. Pero ¿en qué era un fenómeno Dianora Salviati, esposa de Bartolomé de Frescobaldi, tan magníficamente vestida que podria ser dama de honor de una reina? No vemos en ella ninguna deformidad, ninguna extrañeza. Sin embargo, al pié del retrato se lee una inscripcion en la cual se dice que Leonora tuvo 52 hijos, como cuenta Giovanni Schenchio en el cuarto libro de las *Observaciones*. De todos modos, esa extraordinaria fecundidad en nada disminuye el gran carácter del retrato, que está de pié en actitud orgullosa, con el cabello rojo peinado á la italiana, una mano apoyada en una mesa y la otra teniendo un pañuelo de encaje; con su vestido verde bordado de oro, que deja ver otro vestido blanco, con manga de forro



Ed. Hédonin sc.

La Niña del perro, por Greuze.



La Bacante en delirio, por Boucher



Courtry sc.

La Mañana, por Greuze.

encarnado que se destaca sobre un fondo de terciopelo encarnado oscuro.

El Duque de Urbino y su hijo, por el Ticiano. — El Ticiano es el primer pintor de retratos, y solo Velazquez puede ser su rival en ese terreno. A la Galería de San Donato pertenece el magnífico retrato de Guido Ubaldo II, de la Rovere, duque de Urbino y generoso protector de las artes. El duque, hombre alto y de apostura alta, está representado del tamaño natural y viste el rico traje de terciopelo y raso blanco. La cabeza, de una coloración vigorosa, con cabello castaño, está cubierta con un gorro de terciopelo que adorna un copo de pluma. No es posible imaginar una postura mas natural y mas sencilla. En la mano que cuelga á lo largo del cuerpo el duque tiene un pliego sellado, alguna orden sin duda, y con la otra se apoya en un casco que está sobre una mesa.

A su lado se encuentra su hijo, de siete u ocho años, vestido de brocado, que le mira con ternura y como admirándole. Con su manita trata de alcanzar á la mano. Esta figura infantil es preciosa y forma el mas feliz contraste con la varonil y robusta fisonomía de Gui-



Neyrassat sc.

Los Huevos rotos, por Greuze.

do Ubaldo. En un ángulo del cuadro hay piezas de la armadura en un pintoresco desorden. Esa carga de hierro que se quitaba el hombre al entrar en casa, como hoy se quita el paletó, para reemplazarla con ese elegante traje de raso y de terciopelo, pinta muy bien la vida guerrera y lujosa de la época.

Ese retrato no es solo la imagen de un personaje cualquiera, sino la del siglo XVI cortada y puesta en un marco de oro; una historia muda que dice mas con sus colores que las crónicas con sus palabras.

Adan y Eva, por el Tintoretto. — De todos los artistas que han cubierto de pinturas las paredes, los techos y hasta las fachadas de los palacios de Venecia, el que mas ha trabajado ha sido el Tintoretto. Hay malo y bueno en su misma obra; pero lo bueno es excelente, igual á lo principal de los mejores maestros; y aun en lo malo se ve un temperamento de artista.

El Adan y Eva que reproducimos es uno de los Tintoretos mas estimados y está conservado maravillosamente. Eva acaba de coger una de las manzanas que cuelgan del árbol de la ciencia del bien y del mal y se la ofrece al crédulo Adan



Ed. Hédonin sc.

El Niño de aldea, por Greuze.



Flameng. sc.

San Antonio de Padua, por Schall.



Ed. Hédonin sc.

La Niña de la manzana, por Greuze.

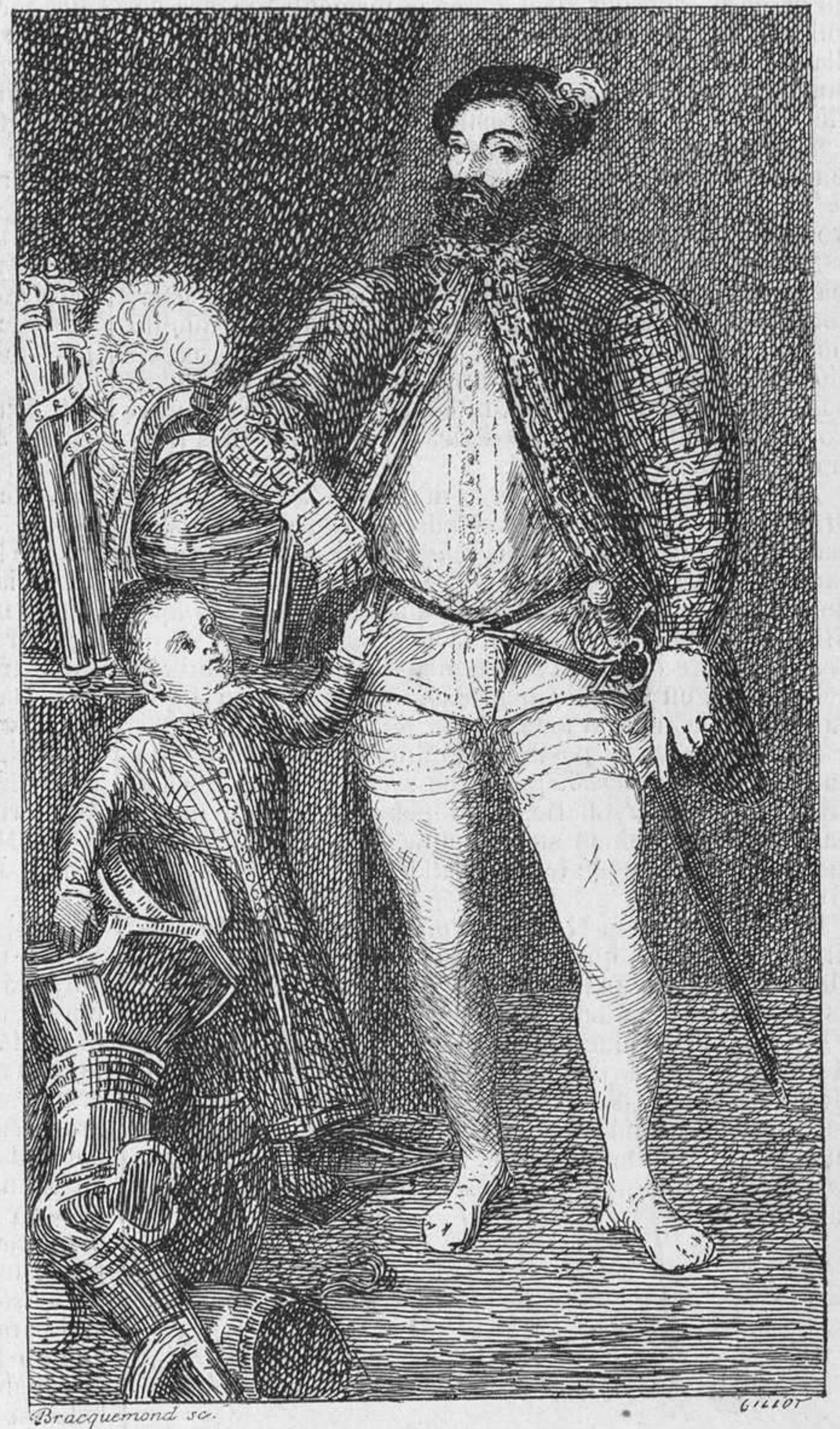


Retrato de Dianora Frescobaldi, por Bronzino.

Las hojas del árbol por donde pasan los rayos del sol proyectan su sombra en el cuerpo de la primera mujer; y á esta dificultad el artista ha añadido la de un escorzo de que ha triunfado felizmente. La Eva es una veneciana *bionda e grossotta* como las buscaban entonces los pintores para el contraste de las carnes lácteas y de los cabellos de oro. Adán está pintado admirablemente, con un brazo escorzado que es admirable.

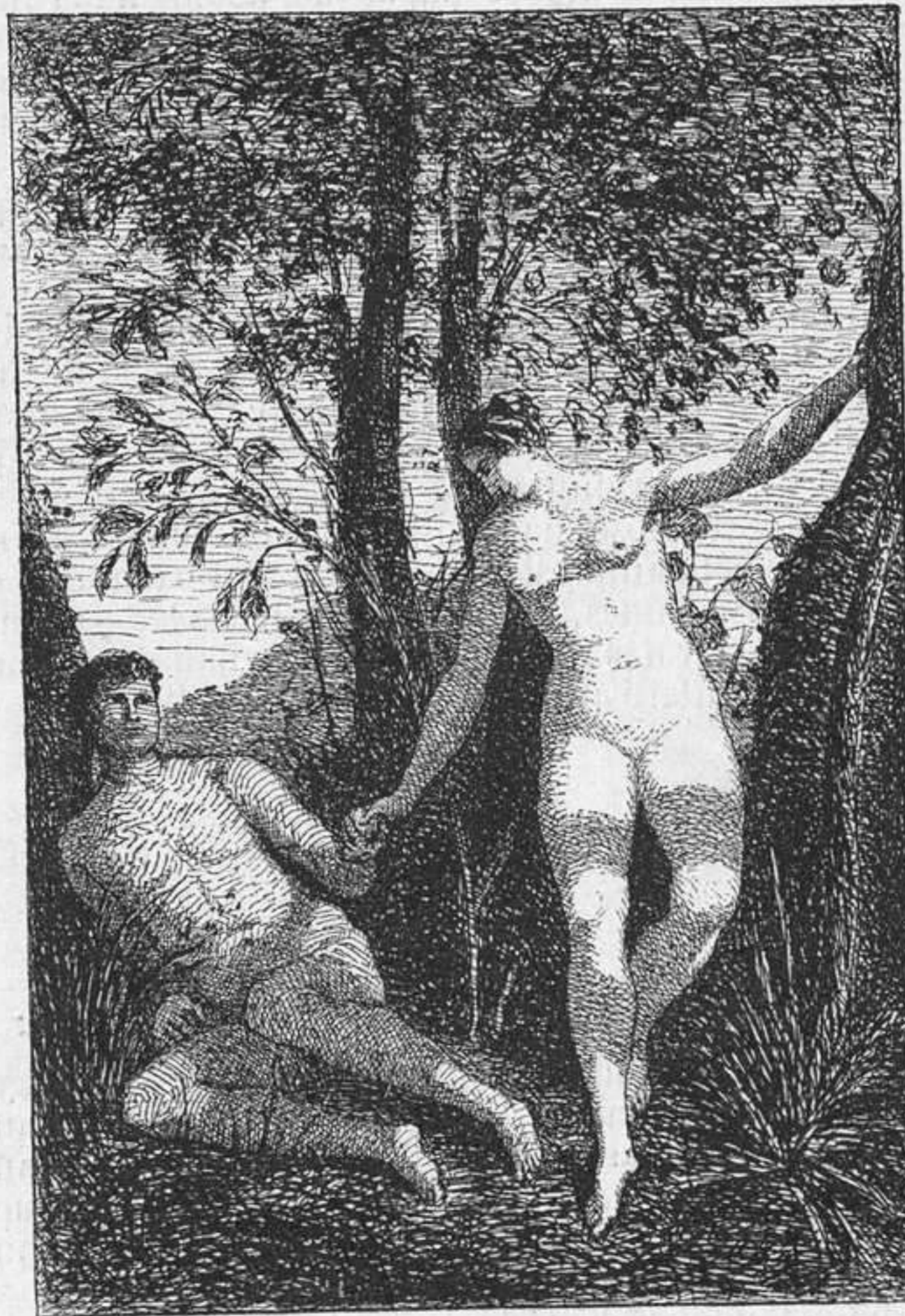
El *Nido de Amores*, por Schall.—Schall es un pintor del mismo tiempo que Boucher, y tiene en la Galería de San Donato una serie de cuadros que parecen idilios de Bion ó de Moschus, traducidos en estilo Pompadour: el *Nido de Amores*, la *Colmena de Amores*, el *Ataque de los Amores*, hé ahí los principales títulos de esa bonita colección, de la cual reproducimos el primero. En uno de los lienzos las doncellas encierran á los amores en una red, en otro los amores persiguen á las doncellas, en otro las persiguen hasta el pié de la estatua de Minerva: todo esto está muy bien compuesto, y ofrece un precioso colorido.

La *Niña del cesto*, por Murillo.— Hé aquí uno de los cuadros que mas han llamado la atención en la venta de la Galería de San Donato, según hemos dicho á la cabeza de este artículo. En este lienzo se observan todas las cualidades del eminente artista, de quien volveremos á hablar cuando lleguemos á otra de las reproducciones que publicamos con estas líneas.



El Duque de Urbino y su hijo, por el Ticiano.

La *Bacante en delirio*, por Boucher.— En las obras risueñas y ligeras de Boucher la *Bacante en delirio* es una nota rara. El talento del pintor galante, decorativo y siempre gracioso, no pasa de la voluptuosidad convenida. Nunca llega á la pasión. Su pincel, fácil y esponáneo, no tiene de esos toques osados que encienden el lienzo. Emperó la Bacante no tiene el temperamento tranquilo de las ninfas acostumbradas á figurar en los cuadros del artista. Realmente, aparece en delirio; se inclina hácia atrás jadeante en una postura violenta, sobre el altar de Pan, y aunque se la han acabado las fuerzas para bailar, agita todavía con frenético movimien-



Adán y Eva, por el Tintoreto.

to sus platillos de cobre por encima de su cabeza. A sus piés rueda el ánfora que acaba de vaciar y el tirso adornado de hiedra. En el fondo tres capripedos danzan tocando la flauta. En esa figura se ve como un reflejo de la púrpura de Rubens.

Cinco cuadros de Greuze.— Greuze debia ocupar un gran puesto en las colecciones de San Donato; y aun se diria que el poseedor de tantas obras maestras tenia una predileccion particular por ese artista que representa una evolucion del arte en aquella época. La mitología, que suministraba asuntos á todos los pintores contemporáneos, no era del gusto de Greuze. Sus cuadros de la



El Nido de amores, por Schall.

vida familiar tienen intenciones de drama y de moralidad, moralidad poco observada como la del siglo XVIII, cuando la sabiduría predicaba con aire de voluptuosidad. La influencia de J. J. Rousseau se hacia sentir en todo, lo cual no impide que fuera Greuze un pintor tan gracioso como original. Veinte cuadros suyos habia en las colecciones de San Donato.

Los *Huevos rotos* es una de esas composiciones de doble sentido que tanto agradaban en aquel tiempo; pero nosotros no vemos otra cosa que la misma escena. Una muchacha ha dejado caer su cesta de huevos que se rompen en el suelo, y la madre acude á reñirla. Nada mas lindo que la cabeza de la chica: se muestra avergonzada; pero aun la contraría mas que la hayan reprendido. Sentada en el suelo, con



La Niña del cesto, por Murillo.

las manos cruzadas sobre las rodillas y mirando de reojo el cesto volcado, deja pasar la tormenta. Figura cómica es la del hermanito, que no comprendiendo aquella escena, trata de reunir los dos cascarones de un huevo roto. Los personajes se destacan perfectamente de ese fondo de interior rústico.

El marqués de Herford ha pagado por este lienzo la enorme cantidad de 426,000 francos.

Entre las 15 ó 16 cabezas de Greuze que acaban de venderse, citaremos en primer término la *Mañana*.

Es una preciosa niña de trece ó catorce años que acaba de levantarse, y flotando en la pereza del despertar, todavía no ha comenzado á vestirse. Por un pañolito blanco mal anudado, se escapan sus abundantes cabellos rubios enredados en el desorden de la noche; sobre sus blancos hombros tiene un chal azul forrado de blanco. Es una obra finísima y delicada, del color mas tierno y del pincel mas suave.

¿Hay nada más lindo que la mueca de la *Niña de la Manzana*? A primera vista se adivina su patética historia. Quería un dulce y no ha recibido mas que una manzana y un pedazo de pan seco; pero no lo tocará: prefiere morir de hambre... hasta que azuzada por el apetito emprende á bocados con la manzana.

El *Niño de aldea* es seguramente un estudio pintado del natural, en cuatro pinceladas. Se ve que es un digno vástago de la robusta aldea.

Por último, no es posible imaginar nada mas bonito que la *Niña del perro*. ¡Con qué cariño estrecha en sus brazos á ese king-Charles cuyo pelaje leonado y negro hace resaltar también su blancura, y que estrecha tan fuerte que parece que le hace saltar los ojos de las órbitas!

Concluiremos con el *San Antonio de Padua*, de Murillo. ¡Qué fervor, qué fe estática respira ese San Antonio recibiendo de manos de los ángeles el Niño Jesús! Es la primera idea del cuadro de la catedral de Sevilla. ¡Qué gracia tan adorable en esa mano rosada con que el divino Niño acaricia la mejilla pálida del santo! Una oleada de blanca luz en la que nadan cabezas de serafines, ocupa el fondo del boceto: ¡Qué bien se conoce que el cielo está detrás! Si se levantara ese ligero cortinaje de plateada bruma, se descubrirían perspectivas de paraíso.

T. G.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

— ¡Qué gracia! exclamó Monterilla muy ufano: los buenos abogados siempre me recomiendan los negocios que les parecen demasiado áridos. Y tengo la complacencia, añadió con arrogancia, de corresponderles de un modo muy satisfactorio.

— Así será, dijo Santiago; pero les declaro á ustedes dos, que en este asunto tengo un abogado muy bonito que me ha dado el consejo de no ponerme en manos del señor Monterilla, quien me dispensará la franqueza; y el corazón de ese abogadito sabe mas, en mi concepto, que la cabeza de ese grande abogado de que habla don Juan.

— Ya lo comprendo á Vd., dijo este sonriéndose.

— Pero yo no lo comprendo, añadió Monterilla; y solo observo que este señor me profesa una ciega antipatía, sin dar razón de su dicho, como decimos los prácticos.

— No tengo inconveniente en darla, contestó Santiago, si usted tiene la paciencia de oírla.

— No me faltaria esa paciencia; porque antes bien me sobra cuando se trata de que hagan de mí una elección en que hasta cierto punto está ya comprometido el crédito de mi oficio: pero por ahora es excusado que se moleste en relatar las calumnias con que se vengán de mí los envidiosos: las sé de memoria mejor que la ley procedimental; porque todos se han propuesto hacerme las aprender á fuerza de repetírmelas. Mas yo me callo, que ya llegaré su tiempo de desmentir por junto.

— Puesto que Vd. conviene en eso, dijo entonces don Juan, me permitirá que le hable con franqueza. Sea justo ó injusto, ello es que tanto Santiago como yo hemos temido que Vd., según esas calumnias de que acaba de hacer mención, pudiera comprometernos de algun modo en la defensa que va á emprender. Así es que antes de conferirle tal encargo hemos resuelto resguardarnos, previniendo á varios abogados á quienes consultaremos en caso necesario. Le hago esta revelación para manifestarle que nuestros temores se han desvanecido y depositamos en usted una absoluta confianza.

— ¿Con que habían preparado varios abogados? Vea usted, esa es una cosa que otros mucho han hecho también; porque á mí me tienen miedo yo no sé por qué,

y me tratan con tanta confianza á pesar de eso, que todos me lo dicen en buen castellano. ¿Y no tendré razón para creer que soy de mas talento que otros, al observar que se hacen semejantes necesidades? Cuando yo vivía en la casa paterna, el R. Padre mi tío tuvo una sandez de que siempre me acuerdo en estos casos. Estaba él cierta noche durmiendo con toda la tranquilidad sacerdotal, cuando empezó un terremoto formidable. Yo que estaba despierto, porque siempre lo estoy, salí corriendo muy alborotado gritando: — ¡Padre, Padre! huya Vuesa Paternidad que se le cae el edificio encima. Entonces estirándose con gran pachorra me contestó: — Huye tu, Pedro, que yo tengo pereza; pero te encargo que me dejes abiertas todas las puertas, y así si el convento se cae tendré por donde salir. Me acuerdo de este pasaje, porque si yo hubiera de caerle al señor Santiago, no sería él menos sándio en dejarme desplomar encima con la confianza de que lo salvaría despues el consejo de algunos abogados. Nada de eso, señor, no tema Vd. mal alguno y encárgueme la defensa sin inquietud, que yo le garantizo su inmediata libertad.

— Será así, dijo Santiago resignado, puesto que no hay otro defensor para mí; puesto que no merezco que me patrocine un abogado y no hay quien pueda elevarse hasta mi inocencia, ó si se quiere, descender hasta mí mismo.

— Alguna de esas cosas sucederá, dijo don Juan, pero lo cierto es que Vd. tiene que encargar su defensa á Monterilla.

— ¿Me asegura Vd. de veras, dijo Santiago á su defensor, una pronta libertad?

— Sí, señor. Estará Vd. en libertad mañana á las doce del día, porque hoy no tenemos ya tiempo para obrar.

Y lo mejor es que gozará su libertad sin tener que volver á ocuparse nunca de esta causa: vea, pues, cuál era el defensor que tanto se empeñaba en rechazar. Si desde el principio hubiera Vd. sido dócil, ya haría mucho que gozaba de esa libertad; bien que esto no sea gracia mia respecto de Vd. que está inocente, lo que es gran lástima; pero aun cuando fuera el mismo Rolando con toda su pandilla, le aseguro que también lo sacaría en palmas por esas calles de Dios.

— ¿Y concluido esto, preguntó Santiago, podré también estar seguro de que los dos no tendremos mas dades ni tomars?

— Eso exige explicación: tendremos algunos dades de allá para acá, y algunos tomars de aquí para allá; porque no le trabajo de balde á ningún parroquiano y mucho menos á Vd. que no ha sabido echarse al bolsillo á todo un Monterilla que le sería allí muy útil.

— Será Vd. remunerado, por supuesto. Y ya que está decidido este asunto, venga entonces ese libelo de recusación para firmarlo.

— No, señor, dijo Monterilla; eso era cuando yo representaba únicamente el papel de acomedido; mas ahora que soy un defensor en regla, declaro que tal recusación ni nos conviene ni es necesaria de ningún modo. Yo guardaré mi escrito para que aumente la colección de modelos que adorna mi legajo; y alquilarlo á los aprendices, que esta es otra de mis rentas, á fin de que lo copien *mutatis mutandis*, como decimos los prácticos, en los casos que se les ofrezcan.

— Sin embargo, dijo Santiago, de no haber recusación creo que Vd. se engaña en la oferta que acaba de hacerme; porque si ese juez pudiera aborrecerme, me aborrecería todos los días; bien que yo hiciera con él lo mismo de muy buena voluntad.

— No importa: eso nada significa. La fuerza de mi lógica no respeta animosidades y ante ella caen que da gusto las prevenciones, las antipatías, todas las pasiones innobles y malévolas: va Vd. á verlo mañana; y entonces yo le preguntaré quién es Pedro Monterilla.

XI.

LA VISITA.

Al día siguiente considerando don Juan que había ya cesado en las funciones del interinato que los días anteriores desempeñaba como defensor, puesto que estando Monterilla encargado de ellas en propiedad, no quedaba otra cosa que hacer sino aguardar la hora en que debía restituirse á Santiago su libertad, resolvió ir donde el señor Osman á hacerle la visita que el acontecimiento del robo reclamaba de todos sus amigos, y con la que no había podido cumplir por la urgencia de las ocupaciones en que hasta entonces tuvo que emplear todo su tiempo.

La casa del señor Osman estaba situada en el cuartel de la Candelaria, en un punto desde donde se divisaba por los balcones toda la explanada del Bogotá.

Cuando don Juan iba á hacer su visita, había varias personas en el salón, el cual era espacioso y claro, aunque la luz estaba un poco moderada por las cortinas de los balcones.

No había alfombra, pero se veía la estera tan limpia que inspiraba el instinto del aseo: las paredes estaban cubiertas con un empapelado que imprimía al salón un aspecto muy solemne, pero no triste: la extensión de la pieza daba cabida á gran número de sofás; y sobre las mesas se veían en ordenada variedad muchos objetos de diferentes clases muy bellos y curiosos; ya productos de alguna arte mecánica, trabajados con exquisito gusto y primor, ya flores de raro brillo que exhalaban un perfume

leve y delicado que agradaba sin molestar: adornaban además el salón varias láminas en que se representaban con maestría los sucesos de la guerra de Troya.

En esta casa no había lujo, por lo menos aquel lujo exagerado que da á cuantos lo usan el aspecto ridículo del hombre subyugado por una vanidad pueril y degradante, que hace realzar por medio de un tren fastuoso los defectos personales y la ineptitud del talento.

La familia del señor Osman sabía integrar su fausto con la modestia, el efecto y la cordialidad, y con la nobleza y dignidad de sus costumbres.

Este padre de familia, en la educación que había dado á sus bellas hijas siempre tuvo cuidado de hacerles distinguir bien la ilustración, la civilización y el lujo, para hacer de las dos primeras el objeto de sus anhelos, inspirándoles desprecio por el último que, como él decía, no estando sino en las cosas, no merece nuestra atención ni menos nuestras fatigas.

No así la ilustración, que según él consistía en las ciencias y en las artes; ni tampoco la civilización, que estribaba en su concepto en la perfección de las costumbres, en la delicadeza de la sensibilidad y en la vehemencia de los afectos sociales; en el modo noble y elevado de vernos á nosotros mismos y de considerar á nuestros semejantes; en la pasión discreta de agradar, de hacernos amar, de que nuestra existencia sea sentida por los que están en relación con ella, como un hecho grato, fácil y blando.

Habíales inculcado que la civilización es una fuerza que eleva el alma y ennoblece la criatura en sociedad; que es en las costumbres lo que la poesía en la vida del pensamiento, la música en el sonido, el pincel en la luz, la flor y el aroma en la vegetación: que la civilización posee algo que purifica la vida mortal y hace la apoteosis de la sociedad y aun de la naturaleza: que quien nunca puede sentir en su alma aquella fuerza que la eleva delante del hombre, aquel amor á lo bello y á lo puro, aquella satisfacción de verse á sí mismo como el ente mas noble de la creación y como el ornato de la sociedad, ese solo es un ser rústico y grosero que resiste al mas noble contagio que puede comunicar el hombre al hombre y el continente culto al continente nuevo.

Estas doctrinas habían penetrado mucho en la familia del señor Osman; de modo que era imposible no sentirse poeta, noble, generoso y dulce al lado de Adelaida, cuyo tallo se movía como la palma al soplo de un aire blando, cuya limpieza encantaba la vista divisándose escasamente bajo el borde de su largo ropaje, la blancura y delicadeza de un vestido que por su aseo parecía ufano de ceñir aquel cuerpo de azucenas.

Las palabras de Adelaida eran dulces, sonoras y bien articuladas; su acento natural é insinuante, los giros de sus frases claros, expresivos y castizos, porque sabía bien su idioma, lo que hacía que todo cuanto la rodeaba y ocupaba sus labios pareciese culto también y tendiese á elevarse y á ser divino como ella.

Don Juan que por su estado y género de vida era uno de aquellos hombres que han llegado á familiarizarse íntimamente con las diferentes costumbres de la sociedad y de la época en que viven, y en consecuencia donde quiera que están parecen en su centro, se vistió con mucho aseo para ir donde el señor Osman, atendiendo mas á la compostura de su cabello, de su barba y de sus dientes, que al lujo y magnificencia del vestido, y menos por supuesto al rigor escrupuloso de los cortes.

Cuando se presentó en la sala con el sombrero en la mano, pero con aire desembarazado y cortés, todos se levantaron y lo recibieron atentamente.

En el primer balcón estaban parados entre los bastidores y las cortinas Emilio y Adelaida, esta con la cabeza inclinada y aire de distracción deshojaba una flor que tenía en la mano y cuyas hojas brillantes y perfumadas caían á sus pies ó se enredaban, ya entre los pliegues de la gasa blanca que cubría su seno, ya entre los de su ondeante traje azul, tan bien cortado y tan elegante que la asemejaba á una Helena que se veía pintada en la lámina del frente.

Adelaida deshojando esa flor estaba muy lejos de pensar que así deshojaría la desgracia, tal vez muy en breve, el abundante ramillete de sus ilusiones.

Emilio con los brazos cruzados y los ojos fijos sobre ella se divertía en ver caer las hojas de aquella flor, pensando apoderarse de alguna de ellas y conservarla como una esperanza que se habría de escapar para él alguna vez de los labios de su amada.

En un sofá estaban sentados el doctor Témis, la señora y Enrique, el mismo que había sido amante desdenado de la Cisne; al frente de ellos estaba el señor Osman.

Enrique no era nada ó mas bien era todo, al menos en su concepto.

Incapaz de amar, quería no obstante pasar como apasionado de alguna mujer todo el curso de su juventud; y por eso habiendo tenido ocasión de relacionarse con la familia del señor Osman, solo, sin duda, á favor de su buen nacimiento, único bien que la fortuna le había concedido para hacer de él un juguete mas solemne; escogió á Adelaida por víctima de sus galanteos.

El profesaba como regla general que toda mujer debía amarle; y muy dificultoso habría sido persuadirlo de lo contrario, pues á pesar de que algunas trataban de desengañarlo, no encontraban arbitrio para conseguirlo; porque si lo miraban una vez, consideraba ya esta acción como un indicio infalible de amor; y si nunca lo miraban, era siempre en su opinión por algun motivo también de amor, turbación, por ejemplo, ó las mas veces temor de revelarle con los ojos el secreto

del corazón; si se le mostraban serias, era sin duda efecto de algunos celos que siempre juzgaba injustos á pesar de que galanteaba á todo el mundo; y de no ser esto, era venganza de algun desden aparente que él habria mostrado.

Si al ir de visita encontraba por casualidad á su pretendida en la sala, se imaginaba que seguramente habia ella previsto su venida y estaba por eso esperándolo; y si lo que era mas comun, ella se escondia al sentir que entraba, dejando conocer la esquivéz maliciosamente, era tal vez porque no aguardando la visita no estaba vestida con un traje bien seductor, y por tanto le era preciso evitar que la viese sin el anillo correspondiente para no exponerse á desagradarlo: últimamente, si no le daban oídos consistia en que así creían fijarlo, y si lo despedían era solo para probar su fe y su constancia.

Haciendo pues siempre el ente mas favorable, era feliz y vivia muy envanecido y satisfecho de sí mismo, como tantos otros que profesan esa especie de filosofía de la fe agradable, á que tanto tienden el hombre y la mujer en la edad de su inexperiencia.

Así cuando vió á Adelaida deshojando la flor, se imaginó que este era un enigma ofrecido por ella para manifestarle el desprecio que hacia de los afectos de Emilio.

Cuando entró don Juan salia de la casa del señor Osman un vecino suyo llamado don Mateo, el cual continuó siendo en la sala el objeto de la conversacion.

Este señor que era muy pobre, habia sido empleado en una de las administraciones pasadas, y despues removido á causa de sus opiniones políticas; como era muy viejo cuando le sucedió esta desgracia, no podia trabajar en otra cosa; y no habiendo sido sus sueldos nunca muy considerables, ni teniendo por tanto mas que lo indispensable para sostener á su esposa y á su hija Beatriz, estaba ya en la última miseria, pues llevaba mucho tiempo de no tener otra cosa para subsistir que el producto de la venta que poco á poco iba haciendo de todos sus bienes á menos precio.

— He observado, dijo don Juan, que don Mateo sale muy triste de aquí: ¿le habrá sucedido alguna desgracia?

— Nueva por lo menos, no, respondió el señor Osman: solo que parece que su desgracia antigua deberá seguir adelante.

— Me ha preguntado, dijo el doctor Témis, cuál es mi opinion acerca del éxito que pueda tener la elección que ha de verificarse en estos dias y que produce con razon en él un interés muy grande, pues espera ser colocado de nuevo si varían las cosas políticas. Pero le he dicho francamente que creo no será electo su candidato.

— ¡Pobre señor! exclamó la señora de Osman: esta era su última esperanza; y él y su familia van á perecer sin duda.

— Tal es, dijo don Juan, casi siempre la última suerte de los empleados.

— Pero no tan rodeada de circunstancias extremas, añadió la señora: usted no puede concebir el exceso de pobreza á que se halla reducida la familia de don Mateo: doña Gonzala, su esposa, ha enviado ayer aquí á pedirme algunas costuras para su hija Beatriz.

— Esta es ahora, dijo el señor Osman, la que con su trabajo sostiene la familia. ¿Cuánta será la pobreza en que se halla subsistiendo de semejante renta?

— Sin embargo, repuso la señora, esa infeliz jóven tendrá que consagrarse al trabajo sin cesar de dia y de noche. ¡Qué campo va á abrirsele para practicar las virtudes que dicen tiene en tan alto grado!

— Puede ser, dijo Enrique, que al fin se gane la elección y sea colocado entonces ese pobre don Mateo.

— ¡Ojalá! continuó la señora; mas el doctor Témis ha anunciado que se perderá y eso es lo mas probable.

— Para mí es seguro, repuso don Juan; porque me han hablado sobre su voto muchos de los que deben emitirlo; y han tenido al hablarme una candidez que me habria sorprendido si pudiera sorprenderme por algo: me han dado muchos por razon de su voto nada mas que la esperanza de algun favor futuro.

— ¿De algun empleo? preguntó el doctor Témis; porque ese es hoy el favor clásico, objeto de todas las aspiraciones.

— Si vieran á don Mateo, dijo la señora, no reputarian eso como un objeto de mucha codicia.

— Siempre es apetecible, dijo Enrique, un empleo ya por la renta, ya por el honor.

— Por algo muy bueno que tendrá la calidad de empleado, dijo la señora, pues lo cierto es que muchos la apetecen.

— No consiste, repuso el doctor Témis, sino en que las oficinas han venido á ser consideradas por varios como una especie de establecimientos de misericordia, cuyas plazas solicitan los que están muy pobres; y por consiguiente cuando se las quitan juzgan el despojo tanto mas inicuo, cuanto son mas notorias su pobreza y necesidades.

— Eso, dijo Enrique, puede suceder con los empleos subalternos, mas no con los elevados.

— En cuanto á estos, continuó el doctor Témis, la ambicion que aspira á ellos me parece muy mezquina.

— Sí, dijo la señora, porque aquí no vale nada ningun puesto público.

— Y no solo por eso, añadió el doctor Témis, sino tambien porque es muy mezquina un hombre aspire á la atencion que por deber ó por virtud se tributa generalmente al funcionario que ocupa un puesto ele-

vado: que un hombre, ya que no pueda descollar por sí solo, trate de brillar con el pasajero y despreciable ropel que le presta un empleo; que no tenga otro poder en la sociedad que el de ese mismo empleo, ni otro nombre que el que por fuerza adquiere poniendo su oscura firma en los pliegos de su despacho. Si esos ambiciosos fueran en efecto grandes, no quedarían contentos sino con un poder propio y durable, con un tributo de consideracion rendido por sus conciudadanos no mas que á su nombre, sean cuales fueren los gobiernos y gobernantes. Mas lisonjero debe ser para un ambicioso verdaderamente noble, verse dueño del corazón de sus contemporáneos y de la veneracion de la posteridad, por la grandeza que á su nombre hayan dado su ciencia, su talento y sus virtudes, que verse acatado mientras lleva un baston que ha sido respetado en manos envilecidas: mas lisonjero debe ser el poder con que se obra en la sociedad y aun en los gobernantes mismos, con el respeto del propio nombre: que ese poder limitado, conferido por una plaza que al dia siguiente llenará un inepto. Mejor es, le diria yo á la juventud, deber la nombradía nada mas que á las propias virtudes, al talento, á la ciencia y al honor: ese es un campo inmenso donde todos caben, donde la rivalidad no molesta ni perjudica, y en el que se marcha con gloria y satisfaccion de sí mismo. Pero ese campo se deja desierto; la muchedumbre ambiciosa se atropella para figurar en la estrecha escala de los puestos publicos... lo repito; esto es muy miserable.

Enrique trataba de acordarse mientras oia al doctor Témis, de los héroes de virtud que la historia ofrece á la posteridad como grandes en la vida privada, y aun mas grandes que los reyes; pero como no pudo recordarlos, se contentó con decir que la historia suministraba ejemplos de esa ambicion.

— Innumerables, dijo el doctor Témis, y de una imitacion muy gloriosa y aun fácil.

— ¡Qué humillante, dijo entonces la señora, debe ser para un ministro ó para cualquier gobernante, que su nombre quede oculto en el olvido, sin que la historia se ocupe de él, poniendo en su lugar los de los hombres privados!

— Sin embargo, opuso el doctor Témis; vale mas que lo olvide, que no el que lo recuerde para perpetuar la memoria de la insuficiencia ó de la pequenez de los que, sin saber cómo, han llegado á veces al honor de gobernar una patria noble y respetable.

— ¿Pero cree usted, mi señora, preguntó don Juan, que ellos hacen el menor caso de la historia, de su silencio ó de sus censuras?

— Tal vez usted tiene razon respecto de muchos, al menos si se juzga por lo que hacen, contestó la señora.

— Yo diria á los gobernantes, repuso entonces el doctor Témis, lo que los místicos á los fieles. Obrad siempre, dicen estos, como si Dios estuviera presente: obrad, diria yo á aquellos, como que el historiador os está viendo; como que está en vuestro bufete escribiendo

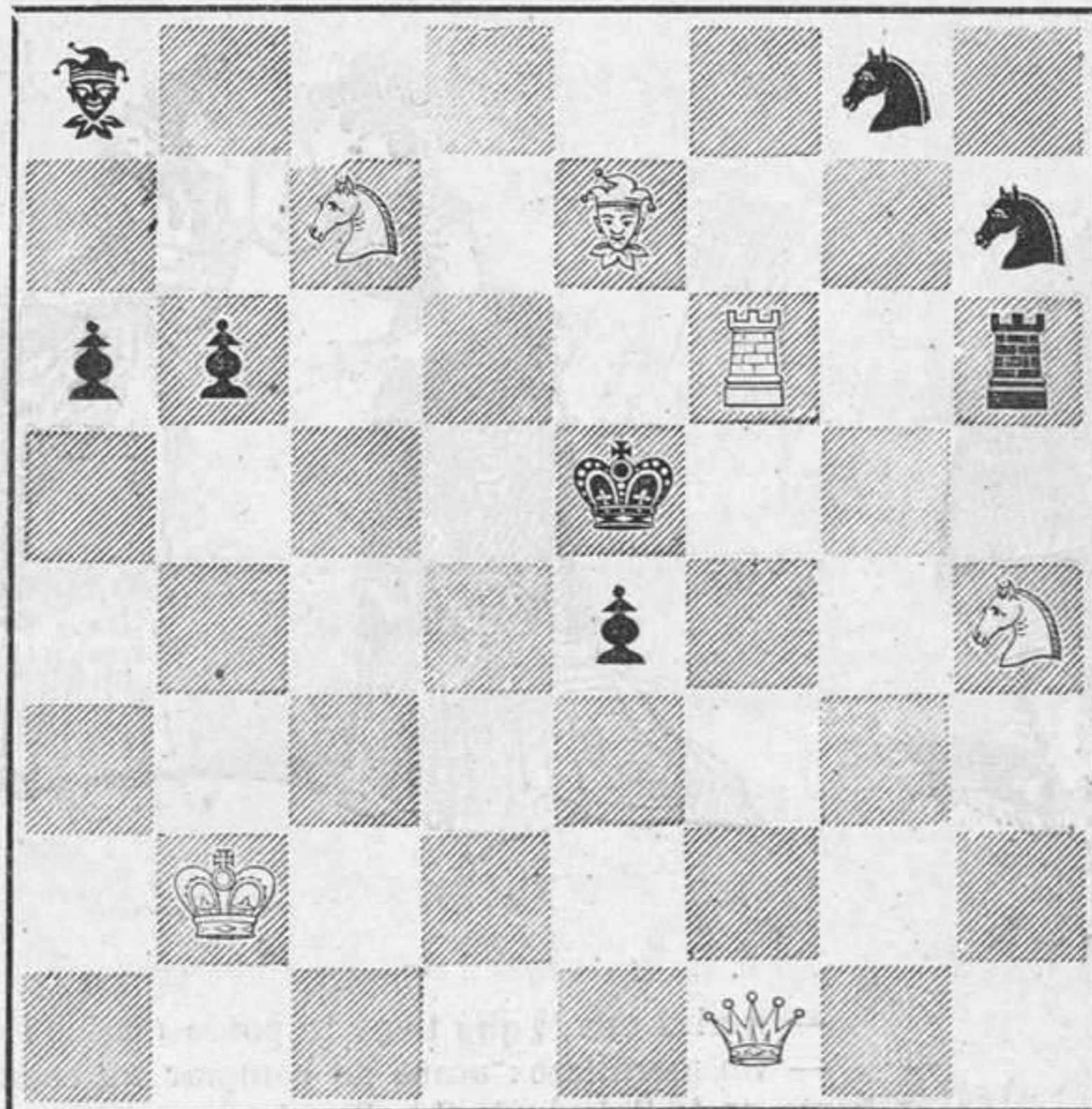
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 308.

- 1 T 5ª TR jaque
- 2 R toma P
- 3 R 4ª Rª jaque
- 4 Uno de los P jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 309, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

lo que haceis para trasmitirlo con fidelidad á la mas remota generacion, ó para condenarlo á un olvido degradante.

— Por eso no hay, dijo el señor Osman, como la vida privada: yo viví muy feliz, persuadido de que la historia no tendrá que mencionar mi nombre y de que su olvido no me humillará, porque no estoy en el deber de poseer grandes virtudes, ni de ejecutar grandes hechos.

— A usted le toca, dijo Enrique al señor Osman, aludiendo al robo que le habian hecho, figurar en la historia como víctima de los criminales.

— De los crímenes, no mas, dijo el doctor Témis; porque los criminales en la época presente no se sabe quiénes son; así que tal historia no tendrá héroes.

— ¿No ve usted, dijo Enrique, cómo no han podido coger mas que uno ó dos de los ladrones de la otra noche?

— Uno no mas, dijo don Juan; porque Santiago que es mi amigo, ha sido aprehendido por equivocacion.

— ¿Y usted puede decirnos, preguntó el doctor Témis, lo que de nuevo haya acaecido respecto de este asunto?

— Creo que será puesto hoy en libertad mi huésped, segun ofreció el defensor á quien se ha encargado este negocio, no sin mucha resistencia del interesado.

— ¿Quién es el defensor, preguntó el señor Osman?

— Un tal Monterilla, contestó don Juan.

— Lo conozeo, dijo Enrique: es un tinterillo de quien se dice mucho mal.

— Y en mi concepto, dijo el doctor Témis á don Juan, tiene mucha razon su amigo en no haber descendido voluntariamente á la condicion de cliente de aquel hombre.

— Eso da muy buena idea del carácter del preso, dijo la señora; y su resistencia es tanto mas laudable cuanto que siendo, como se dice, un jóven del campo y desconociendo los misterios de esta poblacion, ha sido bastante discreto, ó si se quiere ha tenido bastante instinto, para evitar desde el principio las gentes cuya sociedad pudiera difamarlo.

— Cosa rara, dijo Enrique; porque esos campesinos...

— Sin embargo, interrumpió el señor Osman, aprovechando la reticencia de Enrique para evitarle que siguiera expresando el concepto que parecia ir á exponer contra la gente del campo; sin embargo, en Bogotá no es esa una cosa muy grave, pues se ha visto muchas veces que los tinterillos, aun los subalternos de Monterilla, han manejado pública y ocultamente asuntos de personas muy bien recibidas.

— La sancion moral lo mismo que el foro, dijo el doctor Témis mostrando disgusto, están aquí en un pie muy inferior al que deben tener en un país culto.

— Sí, señor, apoyó Enrique: en eso sucede lo mismo que en todas las demás cosas de Bogotá.

— Eso no, dijo el doctor Témis; porque hay en Bogotá muchas cosas que la honran y afortunadamente son en mayor número que las que pueden ser objeto de censura. Y aun esta misma de que nos ocupamos es un mal pasajero que cesará tan pronto como los hombres que sirven el empleo de juzgar, amen la justicia lo bastante para no venderla, y tengan la ilustracion necesaria para no dejarse confundir; pues cuando los jueces no son así, la venalidad y la confusion llegan á ser un arma en el foro; y esa arma que el abogado de honor no puede tocar, necesita manos que la manejen y ellas aparecen bien pronto.

— Qué mala idea nos da usted del foro, dijo la señora; si yo no supiera que usted no es murmurador, quizá creeria que exageraba, ó le habian jugado manos muy pesadas.

— Es muy posible, mi señora; que yo esté equivocando; y si así fuera, quien mas de veras celebraria el error seria yo mismo, porque muchas veces deseo ardentemente no tener en esto razon.

— En cuanto á la venalidad, dijo el señor Osman, si creo muy limitado el número de los que entre nosotros merecen tan formidable censura.

— Sí, señor: yo hago con mucho gusto, dijo el doctor Témis, la debida justicia á tantos de nuestros jueces cuya integridad los honra y honra igualmente al país; pero hay sin embargo muchos á quienes mueve fácilmente, si no la esperanza de una recompensa en dinero, á lo menos sí esa confianza vaga en el favor del poderoso que se llama *influencia*; esa debilidad con que tiende el hombre pequeño á halagar al que es mas grande: esa influencia de que tan pocos se escapan y que no es á la verdad otra cosa que el nombre mas honesto del soborno. Si por desgracia tengo en esto razon, ustedes convendrán entonces en que la venalidad es mucho mas comun de lo que generalmente se piensa, y que hay muchos jueces venales que con el mas grande candor crearian una calumnia horrible semejante censura.

— Entonces tambien el numero de los tinterillos es mucho mayor de lo que se cree, dijo don Juan, puesto que debe comprenderse entre ellos á esos grandes personajes que cocean con su influencia, valiéndose de ella para extraviar la justicia.

— Esa es mi opinion, dijo el doctor Témis, y aun añado que tal clase de tinterillos es mas infame todavía que la de los que generalmente son conocidos en el vulgo bajo ese nombre.

— Y entre el vulgo no mas, dijo Enrique, pues la voz *tinterillos* ni siquiera es castellana.

Como Enrique gozaba medianamente de las ínfulas de literato, porque escribia artículos de periódico insultando groseramente á su país, á su gobierno y á sus com-

patriotas, el doctor Témis deseando principalmente variar una conversacion que no le gustaba mucho, por el riesgo en que lo ponía de hablar contra los hombres, tuvo la condescendencia de ocuparse del concepto de Enrique justificando el uso de aquella palabra.

Entre tanto Adelaida y Emilio hablaban en voz baja, y varias veces habian cambiado una mirada y una sonrisa.

Enrique lo notó y quedó persuadido de que Adelaida trataba de dar á entender con esto alguna cosa que era

probablemente, el haberse molestado porque él no se le acercó desde el principio.

Convencido de ello y no pudiendo sostener la conversacion con el doctor Témis, se levantó y dirigió donde Adelaida, dejando al señor Osman, la señora y don Juan encargados de continuar la difícil conversacion sobre el neologismo de la época.

Mas Enrique tuvo que volverse, porque Adelaida salió buyéndole con Emilio al balcon donde estaban las otras señoritas con una amiga.

Entonces le ocurrió que seguramente aquello queria decir que Adelaida estaba muy disgustada, porque habiendo sido Emilio el que procuró la captura de uno de los ladrones, él no manifestaba como debia, siendo su amante, grande interés por lograr la captura del otro, y dejaba con indiferencia que su rival ganase en aquel negocio cierta superioridad. Volviéndose, pues, donde estaba el señor Osman, le dijo:

(Se continuará.)

Actualidades parisienses, por Bertall.



Exposicion de quesos.

— ¿En dónde está la Exposicion de quesos?
— ¿No le dice á Vd. el olorillo que está á la izquierda?



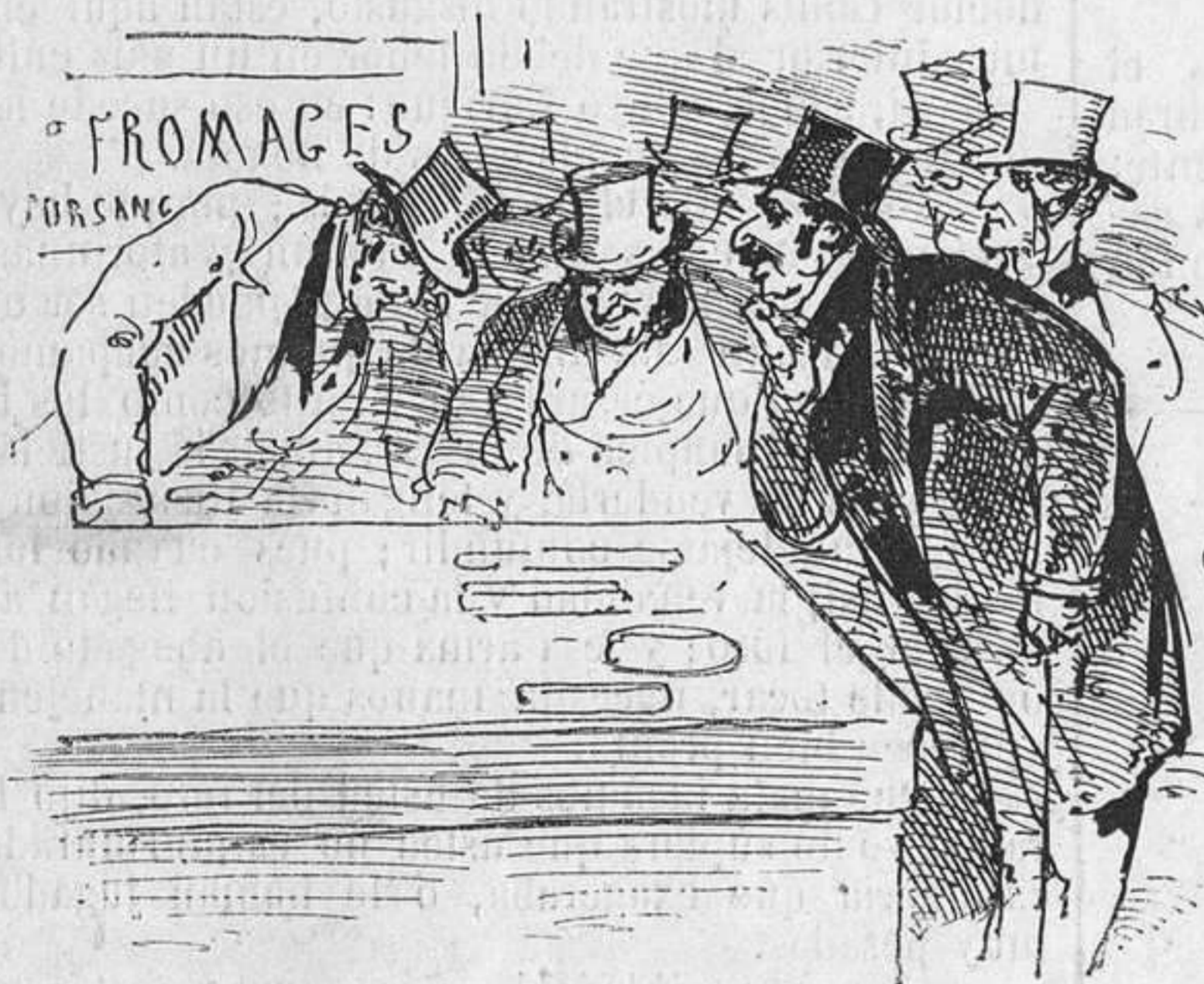
Distribucion de premios en los Campos Eliseos.

— ¡Jóvenes alumnos, tengo el gusto de deciros que vais á recibir la recompensa de vuestros nobles esfuerzos.



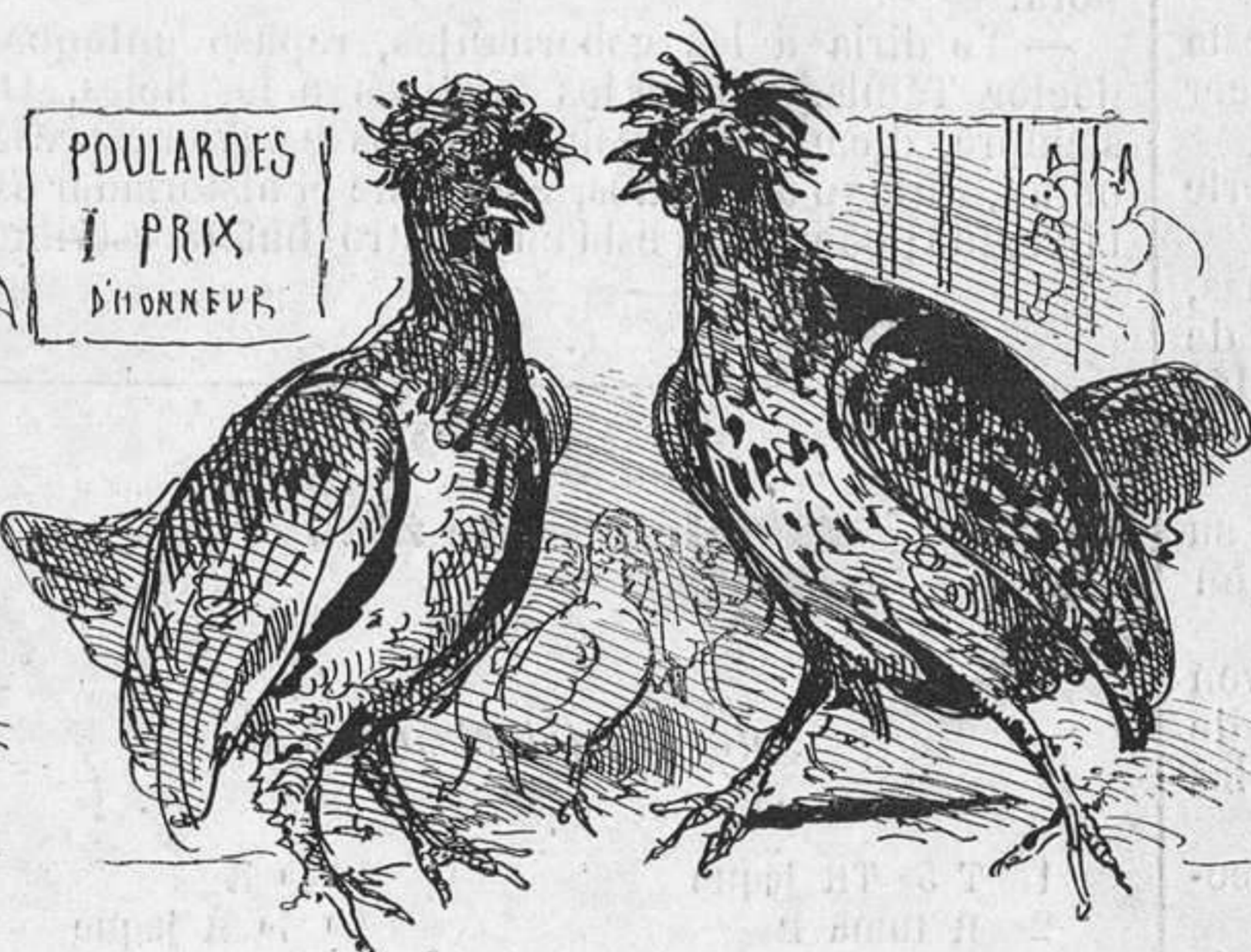
Exposicion de animales.

PARTE MUSICAL.
— Declaro que prefiero la música de la última reunion electoral á que he asistido.



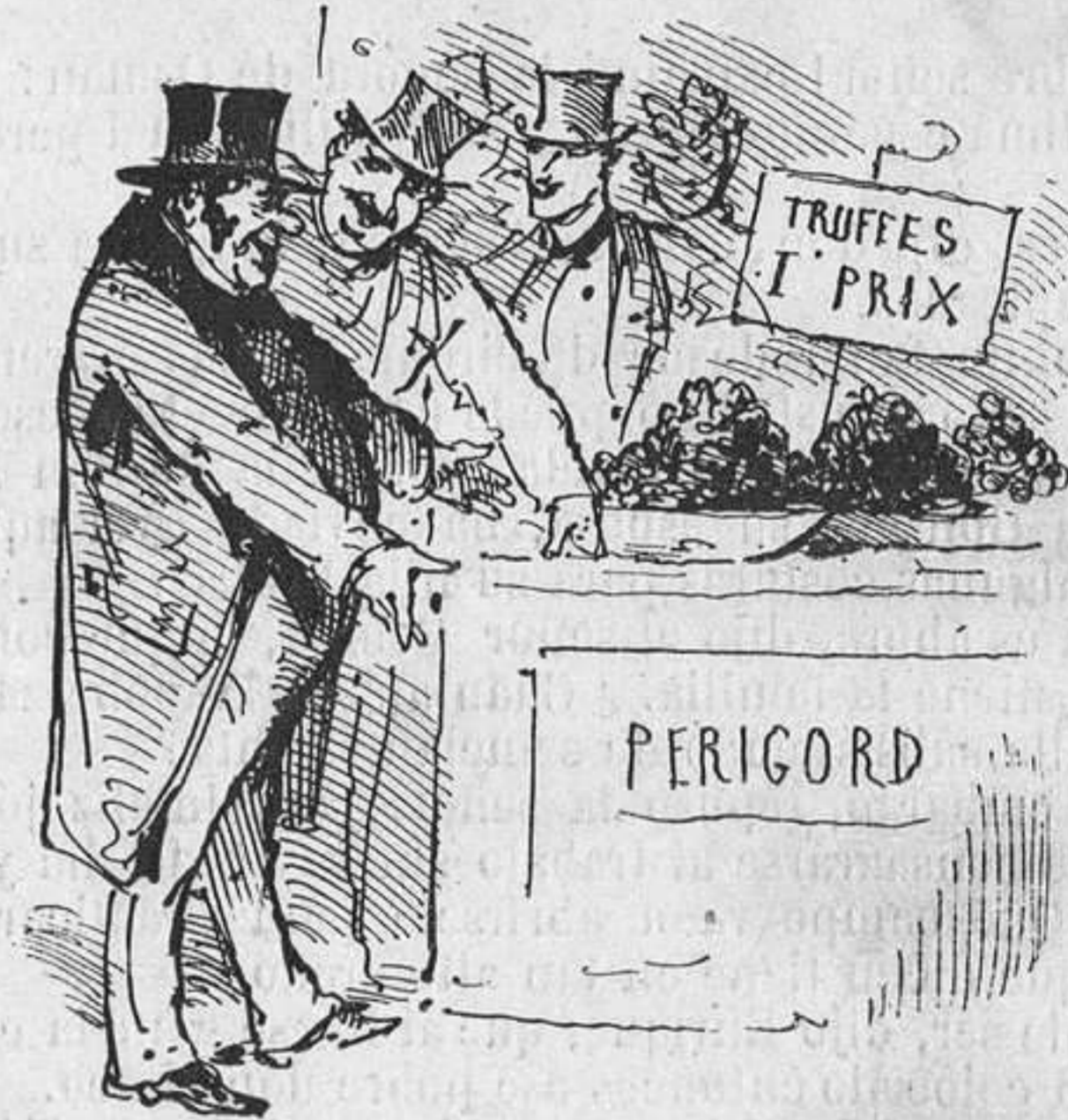
Sport francés. Concurso de los quesos.

— ¡Andan solos! ¡Apostemos á cuál llegará primero!



¡Muera la sociedad de los Perigourdinos!

— Gallinas cebadas.
— ¿Quién es el bribon que ha inventado las trufas del Perigord?



Sociedad de los Perigourdinos.

— ¡Famosa y sabrosa sociedad! De ella formaré parte con mucho gusto.



La vacuna

— ¿Está el señor doctor?
— Anda muy ocupado: ha salido.
— Le direis que he venido para que me vacune.



— Amiga mia, ¿qué tiene tu pobre marido?
— Un martillazo: acaba de comprar un cuadro en la venta de la Galeria de San Donato.



La venta de la Galeria de San Donato.

El tasador Pillet preso in fraganti con el martillo que ha hecho tantas victimas.